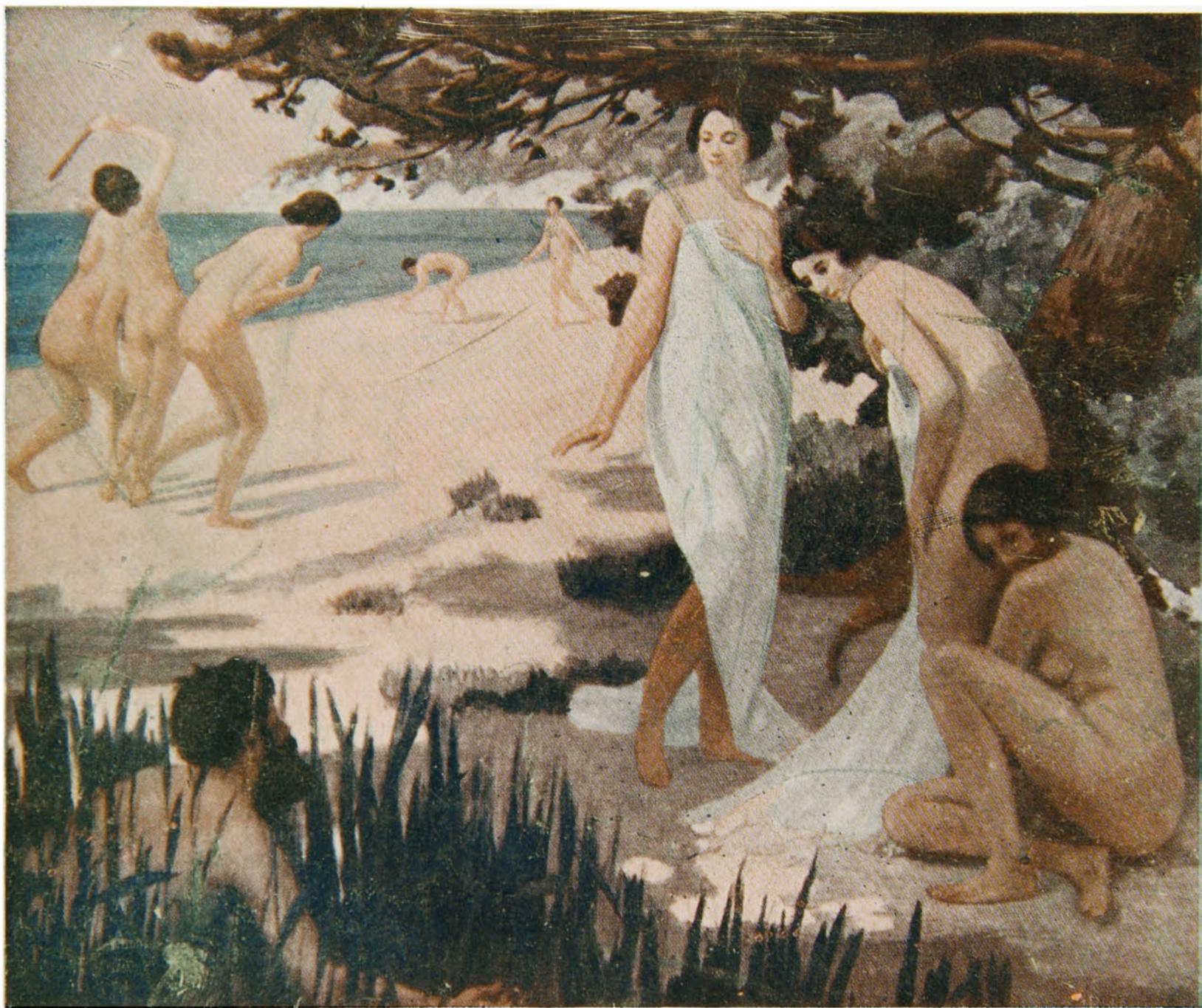
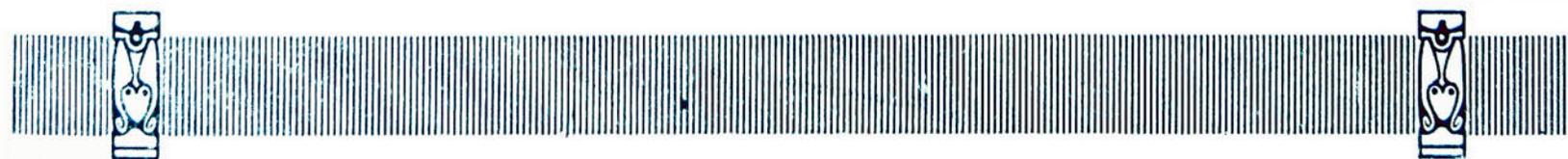


Juan Pastor
ESTUARIOS



NAUSICAA, por A. Roberty

Salón de París



DICIEMBRE DE 1929

50 céntimos

Libros que pueden adquirirse por nuestro conducto

Obras selectas, especialmente recomendables, editadas por ESTUDIOS

A los corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 25 por 100 de descuento



Embriología, por el Dr. Isaac Puente.—Es un libro de divulgación y de estudio; es un libro útil, trascendental, importantísimo. Todos deberían conocer estas enseñanzas que el Dr. Puente expone en su valiosa obra como una ofrenda a la cultura del pueblo, dedicándolas a la juventud estudiosa que aspira a un mañana mejor. Recomendad la lectura de este hermoso libro a todos los jóvenes para que se capaciten y se eduquen; a todos los hombres amantes de la educación. Forma un elegante volumen impreso en papel pluma, con dos láminas explicativas tiradas a dos tintas, y con una preciosa portada de Shum a cuatro tintas, 3'50 ptas.; lujosamente encuadernado en tela y oro, 5.

El veneno malito, por el Dr. F. Elosu.—La mejor y más contundente obra escrita contra el alcohol, contra el abominable narcótico de la civilización y el progreso. El dar a conocer este utilísimo librito es hacer un bien a la especie humana; es combatir eficazmente al más horrible de los vicios.—Precio, 1 pta.

Libertad sexual de las mujeres, por Julio R. Barcos.—No es un libro procaz y obsceno; al contrario, es un alto exponente de la moral racional y lógica, que otorga a la mujer el derecho de decidir su corazón de acuerdo con sus propios impulsos. He aquí algunos de los muchos comentarios que ha merecido esta excepcional obra: «La completa franqueza con que Julio R. Barcos trata de las cuestiones del sexo, es el verdadero camino de iluminación para el amor» (S. Ramón y Cajal).—«Julio R. Barcos ha dado forma latente y viva a los sentimientos que palpitan en el fondo de nuestra especie, pero que nadie hasta ahora se había atrevido a decir, porque una de las bellas cualidades del hombre es la hipocresía para consigo mismo. Aun hoy es posible que nos esforcemos por no comprender tan axiomáticas verdades» (Antonio Zozaya).—«Barcos ha dado en esta obra, que me parece la mejor de cuantas se han escrito en lo que va de siglo, el verdadero carácter a la cuestión sexual: el que determina la propia naturaleza» (V. Biasco Ibáñez).—Precio, 5 pesetas.—(Agotado.)

Los esclavos, por Han Ryner.—Hermoso cuadro dramático filosófico en el que su autor, a quien con merecida justicia se le llama en Francia *el príncipe de los novelistas*, revela sus excepcionales cualidades escénicas.—Precio, 0'50 pesetas.

La educación sexual y la diferenciación sexual, por el Dr. Gregorio Marañón.—Sensacional estudio que descubre la magnitud de uno de los más trascendentales problemas de orden biológico. El merecido prestigio científico de su autor es garantía de la utilidad y el valor indiscutible de este librito.—(Agotado.)

La filosofía de Ibsen, por Han Ryner.—Este es un magnífico y muy interesante estudio acerca del teatro ibseniano, en el que Han Ryner pone de relieve la transcendencia filosófica y social del mismo.—Precio, 0'25 ptas.

La tragedia de la emancipación femenina, por Emma Goldmann.—Se adivina, a través de sus páginas, las bellas cualidades de la compañera ideal, inteligente y sencilla, amorosa y maternal, que adornan a su autora. Su trabajo tiene el doble valor de la sencillez en la expresión y de un elevado y recto criterio, poco común entre los de su sexo.—Precio, 0'20 pesetas.

Estudios sobre el amor, por José Ingenieros.—*Cómo nace el amor.*—*El delito de Besar.*—*La reconquista del derecho de amar.*—Es éste un precioso librito en que el genial Ingenieros define como nadie el derecho de amar libre y voluntariamente, sin restricciones ni convencionalismos. La pluma de este gran escritor deleita con la descripción de los sentimientos y los afectos que embargan al corazón humano.—Precio, 0'75 pesetas.

¿Maravilloso el instinto de los insectos?—Interesantísima polémica acerca de las teorías del gran entomólogo J. H. Fabre, en la que intervienen los sabios franceses Han Ryner, Augusto Forel, Andrés Loru-lot, y los doctores Herrera, Proschowski y Javorski.—Precio, 0'30 ptas.

El A. B. C. de la Puericultura Moderna, por el Dr. Marcel Prunier.—El Dr. Marcel Prunier viene a prestar un inmenso beneficio a la humanidad, a la vez que realiza uno de los más hermosos servicios a la especie humana. Cuando se reflexiona sobre las aterradoras cifras de la mortalidad infantil, en gran parte debida a la carencia y al desconocimiento de los cuidados precisos, se comprende cuán útil e indispensable es este libro en todos los hogares.—Precio, 1 peseta.

Maternología y Puericultura, por Margarita Nelken.—De interés y utilidad indiscutible para todas las mujeres es este trabajo, en el que su ilustre autora expone los peligros de la ignorancia en que se mantiene a la joven destinada a ser madre.—Precio, 0'25 ptas.

Amor y matrimonio, por Emma Goldman.—Este librito es un grito de sinceridad nacido del corazón de una mujer que antepone la honradez y la nobleza de sus sentimientos a toda otra conveniencia hipócrita. La pluma fácil de esta eximia escritora ha sabido desentrañar admirablemente en estas páginas todo lo absurdo y trivial de la educación de la mujer y lo falso de su concepto moral de la vida, mostrando a la vez su alma femenina limpia y pura, su espíritu abnegado y decidido y, sin embargo, tan candoroso y sensible. Es un excelente trabajo que debieran leer todas las mujeres.—Precio, 0'50 ptas.

La Muñeca, por F. Caro Crespo.—Drama moderno de enorme pasión e interés, en tres actos.—Es en esta obra en la que se advierten los progresos que su malogrado autor había llegado a adquirir en la técnica teatral y en el valor literario.—Forma un elegante tomo de más de 100 páginas.—Precio, 1'50 ptas.

La virginidad estancada, por Hope Clare.—Una mujer que expone al mundo su corazón, lacerado por la incomprensión y el fanatismo de los hombres; tal es el hermoso librito, pequeño en volumen, pero grande por las verdades que encierra.—Precio, 0'25 ptas.



comentarios que ha merecido esta excepcional obra: «La completa franqueza con que Julio R. Barcos trata de las cuestiones del sexo, es el verdadero camino de iluminación para el amor» (S. Ramón y Cajal).—«Julio R. Barcos ha dado forma latente y viva a los sentimientos que palpitan en el fondo de nuestra especie, pero que nadie hasta ahora se había atrevido a decir, porque una de las bellas cualidades del hombre es la hipocresía para consigo mismo. Aun hoy es posible que nos esforcemos por no comprender tan axiomáticas verdades» (Antonio Zozaya).—«Barcos ha dado en esta obra, que me parece la mejor de cuantas se han escrito en lo que va de siglo, el verdadero carácter a la cuestión sexual: el que determina la propia naturaleza» (V. Biasco Ibáñez).—Precio, 5 pesetas.—(Agotado.)



ESTUDIOS

✻ AÑO VII ✻

DICIEMBRE

1929

NÚMERO 76

REVISTA ECLÉCTICA

Redacción y Administración

PUBLICACIÓN MENSUAL

APARTADO 158. — VALENCIA

NUESTRO EXTRAORDINARIO

Cuantos conocen los extraordinarios que esta Revista publica cada primero de año, saben que siempre ha superado la realidad a cuanto habíamos anunciado. Lo prueba el que a pesar de haber aumentado y algunas veces doblado la tirada ordinaria, se agotó siempre en pocos días, obligándonos a hacer una segunda edición apresuradamente.

Estamos preparando para el próximo número de ESTUDIOS, correspondiente al 1.º de enero de 1930, material de lectura cuidadosamente seleccionado, y ello nos permite asegurar que el próximo extraordinario superará al de años anteriores, tanto por su esmerada presentación y escogido texto, como por el alto valor artístico, científico y literario del mismo.

Constará de doble páginas que el número actual, y con una preciosa portada a tricromía de un hermoso cuadro de Rubéns, considerado como su obra más perfecta, como la más preciada joya pictórica de este sublime cantor de la belleza.

Su precio será de UNA PESETA, con el 20 por 100 de descuento para los corresponsales, libre de gastos de envío.

Nuestros corresponsales pueden indicarnos el aumento que de dicho número quieran recibir; a los que no avisen en contrario se les remitirá igual cantidad de ejemplares que en paquete ordinario.

UN RUEGO

Hacemos a nuestros corresponsales un ruego especial, y es que para antes del 20 del corriente mes de diciembre necesitamos imprescindiblemente que liquiden sus cuentas hasta el último céntimo. Contamos únicamente con sus cuentas para poder hacer frente a los compromisos que forzosamente hemos de atender, y ello nos obliga a exigir de todos la liquidación total de sus débitos. Los suscriptores que tengan vencida su suscripción deberán asimismo renovarla, enviando el importe para la fecha indicada. Es este un favor que agradeceremos, pues de no cumplir todos se vería esta Revista en una situación comprometidísima, y nos veríamos en la dura necesidad de suprimir el envío del extraordinario a quien se encuentre al descubierto con esta Administración.



Una exploración psicológica

¿Qué piensan los jóvenes?



Un diario de la difusión y el prestigio de *El Sol*, el más capacitado para llevar a cabo una encuesta de esos vuelos, ha publicado en el número correspondiente al 25 de octubre pasado, y con los títulos que llevan estas líneas, un cuestionario de temas enjundiosos dirigidos a la juventud. Se quiere auscultar el pensamiento de los jóvenes actuales, a fin de saber si verdaderamente hay un nuevo espíritu juvenil, preocupado por los problemas de la vida, o si todo se reduce a la opinión personal de unos escritores de juventud espiritual destacada. Se ha dicho que nuestra edad *es joven*, es decir, que los moldes arcaicos de la vida están en quiebra, en descrédito la experiencia de los viejos y la seriedad de los hombres maduros, y que cobra prestigio el afán renovador y la insolencia atrevida de la sangre joven.

Cuando vemos la fiebre deportista (más por ver los deportes que por practicarlos), la idolatría hacia el músculo y las explosiones de entusiasmo callejero y futbolístico; la superficialidad de muchos lectores y el lugar que ocupan en la Prensa los campeonatos de fútbol, hay para temer que todo sea una ilusión optimista. El culto de la moda—servil sometimiento a los caprichos de los modistos—es en la mujer una dedicación que excluye todo otro interés. El desvío por todo lo que no sea diversión o halago de los sentidos, aparta a los jóvenes de lo que exige seriedad y preocupación. Es la juvenil una corriente alocada, impetuosa, que arrasa obstáculos tradicionales, y sale fuera de las márgenes del cauce, pero que se pierde fácilmente en el océano de las conveniencias sociales, y que con frecuencia se remansa en las charcas de la frivolidad y el placer.

A través de la literatura universal, por determinadas gestas esporádicas, y por el nexo común de juventud, que tan vivamente se siente cuando se trata de exigir un derecho a la

vida coartado, sospechamos que los jóvenes empiezan a preocuparse por la cosa pública y adquieren una sensibilidad inusitada para lo humano. Si pensamos que desde la educación paterna, hasta la escolar y la religiosa, han ejercido su coacción inútilmente sobre los jóvenes, que son como son y no como se quiso hacerlos, tenemos que admitir la existencia de una fuerza pujante y vigorosa que tarde o pronto ha de predominar sobre la apagada y coaccionadora de otras edades. Si pensamos que la guerra no agitó en balde los espíritus, aun en los países neutrales, y que el cine, con su difusión internacional, y el progreso en las comunicaciones, han operado y operan sobre un espíritu curioso, activo, y con crecientes apetencias, tenemos que sospechar una cada vez más acelerada evolución del espíritu humano.

Esta encuesta ha de poner de relieve el grado de preocupación que los jóvenes sienten por imponer socialmente sus puntos de vista. Ella demostrará si verdaderamente existe un espíritu nuevo, o si todo es producto de un espejismo.

La encuesta es amplia. Tanto por los temas que se tratan, que se pueden ampliar a discreción, como por hacerla extensiva a todos los jóvenes lectores, sean o no intelectuales. No tiene las limitaciones de la encuesta abierta por la Editorial España, limitada a los estudiantes lectores de la novela *Sin novedad en el frente*.

Hay una juventud preocupada, vigía avanzado del futuro, lectora ávida de buenos libros, que no ha concurrido a otra universidad que a la de su autodidactismo. Acaso por ello está menos imbuída de prejuicios. Su opinión, si se ha de tener una información acabada, no debiera faltar en esta encuesta, que recomendamos a los lectores de ESTUDIOS:

ISAAC PUENTE

Hipoalimentación y desarrollo

Se olvida demasiado frecuentemente en la educación de la infancia la importancia de la higiene alimenticia. Una alimentación mal equilibrada en sus constituyentes químicos y en sus vitaminas entraña un estado de dispepsia más o menos larvada, que se manifiesta por trastornos del crecimiento normal y del desarrollo intelectual. Se obtienen transformaciones maravillosas de la salud del niño y de su aptitud para el trabajo, y esto en todos los medios, atenuando el predominio de una especie alimenticia e instituyendo un régimen variado.—*Dr. Ribadeau Dumas.*

Estas exactas palabras del gran clínico francés debieran servir de enseñanza, no sólo al médico y al educador, sino también al gobernante. Las cocinas y colonias escolares responden a esta enseñanza, pero son tan desproporcionadas a la necesidad, que el defecto no está subsanado ni a medias.

Mal podía aprovechar de la escuela aquel niño que lloraba de hambre, al que Antonio Zozaya consagró una de sus sentidas crónicas. Son muchos los niños que lloran de hambre. Ni siquiera de pan pueden llenarse, si son más de tres los hijos del proletario. Y esto contando con que disfrute de un jornal seguro, y que llegue a las siete pesetas, que son muchos los que no las ganan. Como analiza Juarros en su libro *Las foguetas del odio*, "siete pesetas, que son seis, porque no se cobran los domingos. ¿Y renta de la casa? ¿Y el carbón? ¿Y el vestir?..." En el hogar obrero la alimentación tiene que ser forzosamente predominante en una especie alimenticia, de ordinario las legumbres. El padre, que es quien trabaja y sostiene la casa, es quien ha de comer más; la mujer renuncia a su parte en bien del marido; los chicos han de comer lo que les toque. Resulta completamente utópico saciar el apetito. Padecen de hambre crónica, y

precisamente en la edad que el crecimiento y el desarrollo corporal demandan sobra y variedad de materiales. Los resultados no pueden ser otros que los que palpamos: la formación de una subraza entre los pobres.

En el proletario, por necesidad; en la clase media, por ahorro y por exigencia del presupuesto suntuario para sostener el rango social, y entre los campesinos, por la rutina; ello es que más del cincuenta por ciento de la población come defectuosamente: unos en cantidad insuficiente, otros en incompleta o desproporcionada calidad de componentes, y los más en predominio casi exclusivo de un cierto alimento.

La alimentación variada es indispensable en la edad de crecimiento. Entonces es cuando son mayores las necesidades del organismo, especialmente en alimentos albuminoideos; cuando más puede repercutir sobre el desarrollo corporal y mental un trastorno digestivo, y cuando más trascendental para el individuo resulta una alimentación estimulante.

El organismo necesita muchos materiales para edificar la compleja molécula albuminoidea. Estos materiales son los ácidos aminados, que existen en muy diverso número y proporción en los alimentos, no existiendo ninguno que los contenga todos. Algunos son indispensables, y existen raramente en los alimentos; por ejemplo: el triptófano. Pero las necesidades de un organismo en construcción son también en sales, en alimentos energéticos y en vitaminas, sustancias estimulantes del crecimiento, del fisiologismo y de la nutrición. La alimentación ha de ser diversa en cada comida, variada de unos días a otros, alternando en la diversidad de cereales, de legumbres, de verduras, de frutas. Debe ser el organismo quien elija sus materiales, y no nosotros quienes se los demos de una cierta forma uniforme. La higiene alimenticia lo exige así, en nombre del crecimiento, de la buena nutrición, de la normalidad fisiológica,

de la fácil asimilación y de las funciones digestivas.

En los hogares en que hay necesidad de sacrificar la alimentación a otras exigencias, reduciéndola a lo indispensable, los niños son los más perjudicados. Han de conformarse con lo que les den, han de quedar con hambre sus estómagos y sus cuerpos. Al padre que trabaja y a la madre que cría puede bastarles una alimentación predominante en alimentos energéticos. La sobriedad, de no ser forzosa y exagerada, no quebranta la salud, sino que es aconsejada por la higiene. Pero, en el niño, la sobriedad forzosa y la uniformidad del alimento tienen que traducirse en detención o lentitud del crecimiento, en disminución de su actividad, en pureza de sus reacciones y en déficit mental. Y lo peor de esta penuria es su trascendencia lejana. La resonancia que ello puede tener en la vida del individuo.

En España supimos hace años que toda una

región, la de las Hurdes, padecía de hambre crónica. Las condiciones ingratas de la tierra estéril no permitían más que una alimentación defectuosa y menguada a sus habitantes. El bocio y el cretinismo eran endémicos. Tenían talla de enanos. La degeneración era ya hereditaria, hasta el punto de que los únicos mozos útiles para el servicio militar eran expósitos criados allí.

Los médicos y los maestros podemos certificar la existencia discreta y recatada de enfermos de hambre crónica, de gentes hipoalimentadas, cuya desnutrición se refleja en los padecimientos que sufren, en su talla, en su desarrollo y en su capacidad intelectual. Las cartillas médico-escolares, que hoy son obligatorias en las escuelas para cada alumno, harán patente este defecto alimenticio, especialmente en los pueblos y en los barrios obreros. La información se tendrá pronto; pero lo que tardará en llegar será el remedio.

UN MÉDICO RURAL

Consideraciones

En torno a la escuela del porvenir

III

Afirmaba en mi anterior que el racionalismo pedagógico tiene como un medio de educación el procurar consistencia al surgimiento intuitivo del niño, no restándole horizontes ni amplitud, sino más bien encaminándolo hacia los planos que le sean propios, a fin de que su integridad sea en su día de una ética depurada.

Para conseguir esto, que a algunos se les antoja de utópica realización, queriendo abreviar, sólo tendríamos que acercarnos más a los medios naturales de enseñanza, esto es, alejarnos de los artificiosos sistemas seguidos, cuya tendencia antirracional y antihumana hemos querido dejar demostrada más adelante.

La racional constitución de la humanidad, sin clases específicas de organización colectiva, con seres conscientes, sin prejuicios ni dogmas

que corrompan su espíritu y les inspiren en caminos de dudosa dignificación, con igualdad de deberes y derechos, sin apetitos odiosos y concupiscencias, es una realidad ideal, valga la hipérbole, que no queremos hacer nuestra debido a causas que no son del caso citar aquí, aunque tengamos entendido que el logro de sus excelencias, porque nos lo demuestra la experiencia de las evoluciones humanas, no requiere más esfuerzo que el de la voluntad bien educada.

La voluntad se educa, refiriéndonos a los niños posibles debeladores del actual modo de entendimiento humano, procurándoles claridad, racionalismo, verdad en sus ambientes de formación, buscando la irradiación de la bondad y de la justicia en todos sus actos.

Si en el transcurso de nuestras consideraciones hemos reconocido laudables los motivos que antepusimos a los errores de la escuela actual, poco hemos de añadir para formar el programa de la escuela del porvenir. Inspirando al niño en la perfección indefinida y educándole en forma que al paso que vigorice y conserve su organismo fisiológico, fecunde y desenvuelva las actividades intelectuales, orientadas en el sentido de hacer de la belleza, el bien y la solidaridad entre los humanos una realización de característica humana, todo cuanto se añada a lo expuesto será a fin de demostrar el fácil desarrollo de la inteligencia infantil partiendo por caminos de sana alegría para su cuerpo y espíritu.

Hemos, pues, de tomar muy poco de la pedagogía oficial, que, por serla, responde a las exigencias subjetivas de un Estado, que es sinónimo de conservación de normas anticuadas de entendimiento y desenvolvimiento social. Deduciremos del régimen pestalozziano que integran las escuelas neutras y del régimen, que no admite definición concreta, de las nuevas escuelas rusas las prácticas éticas artificiosas y falsas, que dejan de ser excelentes cuando más debieran serlo, esto es, cuando el individuo toma parte activa en el movimiento social. Añadiremos los axiomas que sobre educación poseemos, apologeticos del bien sin norma y sin reserva, capaces de modelar en líneas de integridad humana los caracteres y de encauzar las inquietudes múltiples por un determinado derrotero de indefinido mejoramiento.

Hemos de dar la importancia primordial que tiene a la escuela al aire libre, hemos así mismo de adoptar los medios instructivos que esta clase de régimen escolar contiene, salvo los aspectos que puedan dañar a la nobleza del niño, como es el inspirar en él el hábito hipócrita y egoísta, cuya causa originaria, creo ya la hemos apuntado, la determina el equivocado empleo de las graduaciones y de los premios y castigos. Procuraremos que los niños no semejen cotorras automáticas o máquinas parlantes que dicen lo que se les ha hecho retener, casi siempre ignorando el significado de lo que dicen, que tal es la torturante consecuencia de los textos de preguntas y respuestas, que reemplazaremos por métodos nuevos capaces de producir deducción en el niño y de ayudarle

a sondear de forma sencilla cosas de gran trascendencia que han de influir en sus inclinaciones y determinismos.

*
**

La más delicada misión del profesor ha de ser la del tanteo de los niños para evidenciar la aptitud o inaptitud de sus discípulos en esta o aquella actividades escolares, pues sabido es que la Naturaleza no ha dotado a todos los niños de una misma energía intelectual, y es delicada porque ha de procurar no hacer ostensible la incapacidad de los ineptos de forma que se den cuenta los aptos y viceversa, con lo que se formaría un nublado de pasiones muy propenso a formarse en el corazón infantil, que daría al traste con la armonía y el compañerismo, cuando de forma inevitable no traería discordias. Precisa esto la oportuna reducción y ampliación de los medios a fin de que no pueda apreciarse clara la distancia de unos a otros y no se estimule la rivalidad, ni la competencia... Por esto estamos en un todo conformes con la educación de Froebel y sus continuadores. Educación en grupo que, excepto en imperceptibles diferencias, converge a un polo y del que cabe esperar efectos afines para las prácticas intelectivas, aunque, naturalmente, divergen ya en las prácticas deductivas o de construcción personal.

*
**

Hemos de presentar al niño cuando ya avanza notoriamente en las deducciones, los contrastes que se aprecian en su derredor. Como ya le hemos inspirado en el camino del racionalismo en lo que se refiere a los orígenes de la vida, de los mundos, del hombre y de las sociedades e ideas, nos será fácil encaminarle en el sentido de los porvenires. Expuesto el desarrollo de las ideas de mejoramiento en sus bases científicas, esto es, entendiendo que es reprensión de los microorganismos celulares y que tienen relación con el progreso biológico, es posible que deduzcan que no ha llegado el hombre a su perfección, siguiendo las vibraciones de su cerebro. Nosotros les haremos ver que los medios y necesidades han influido en la formación de los anhelos libertarios del hombre y que sigue dependiendo de nuestros deseos de

superación el que una sociedad mejor y un mejor entendimiento anticipen su advenimiento.

De esta suerte, como antes le evidenciamos los equívocos en que se fundamenta la actual sociedad, y asimismo les hemos precisado los tristes resultados de su conformación, viciada por mil convencionalismos y sustentada por credulismos ñoños e inhumanos, procurando optimismo en la consecución de medios am-

plios, de bondad ilimitada y humanismo integral, la escuela del porvenir logrará, a no dudar, basamentar la columna magnífica que se eleve sobre los escombros pestilentes en que hoy nos movemos, y que sirva de atalaya al hombre nuevo, para extender su mirada en los nuevos horizontes que irán surgiendo ante su espíritu de incansable investigación.

LEÓN SUTIL

Para una antología de temas pedagógicos

PADRES E HIJOS

¿Qué es un niño?

Un experimento. Una nueva tentativa de producir al hombre justo, hecho perfecto, o sea, de hacer divina a la humanidad. Y viciaréis el experimento si realizáis la más pequeña tentativa de amoldarlo en alguna figura fantástica de vuestro propio capricho: v. gr., según vuestras nociones del hombre bueno o de la mujer femenina. Si lo tratáis como a una bestezuela feroz a la que hay que domar, o como animal doméstico con el que se juega, o hasta como instrumento para ahorrarnos molestias y ganarnos dinero (y estas son las actitudes más corrientes), el niño puede salir victorioso de la prueba y salvar su alma viviente, porque os resistirá con todos sus instintos; pero si echáis mano a las aspiraciones más santas del niño y las corrompéis para vuestros propios fines, apenas hay límite al daño que podéis causarle. Echadle ternos al niño, tiradle las botas a la cabeza, arrojadle volando del cuarto con un manotazo o un puntapié, y la experiencia le resultará tan instructiva al niño como un encuentro con un perro irascible o con un toro. Francisco Place nos dice que su padre nunca dejaba de propinarle una bofetada al hijo que se hallara a su alcance. El efecto que produjo en los pequeños Place este proceder parece que fué sencillamente el de hacerles esquivar su encuentro, que era sin duda lo que deseaba el padre, hasta donde llegaban sus deseos de cosa alguna.

Francisco recuerda el hábito sin amargura, teniendo motivos para felicitarse de que su padre respetara el interior de su cabeza al tiempo que pegaba al exterior; lo cual hizo que Francisco llegase a servir a su país en calidad de esa cosa tan rara y tan admirable como es un librepensador; la única especie de pensador, sea dicho de paso, cuyos pensamientos y, por consiguiente, cuyas convicciones religiosas merecen mi respeto.

Ahora, muchos calificarían a míster Place de mal padre, y yo no afirmo que lo era eminentemente bueno. Pero comparado con el padre convencionalmente bueno, que deliberadamente se hace pasar ante su hijo por un dios; que se aprovecha de la candidez infantil y del culto a los padres para persuadir al niño de que lo que aprueba su padre es bueno, y malo lo que desaprueba; que le impone determinada línea de conducta mediante un sistema de prohibiciones y castigos, premios y elogios, del cual finge tener la aprobación divina; comparado con esta especie de *abortistas* y fabricantes de monstruos, yo digo y afirmo que míster Place casi parece una Providencia. No quiero decir que sea posible vivir con los niños, como tampoco con los adultos, sin imponerles reglas de conducta. Llega un momento en que toda persona que posee nervios tiene que decirle al niño: "¡No hagas tanto ruido!" Pero supongamos que el niño pregunta por qué no ha de hacerlo. Se emplean varias contestacio-

nes. La más sencilla: "Porque me irrita", puede fallar, porque es posible que se le antoje divertido al niño irritaros; además, el niño, que casi carece de nervios, puede que no sea capaz de comprender claramente vuestras palabras. En todo caso, es posible que le interese más al niño hacer ruido que respetar vuestra comodidad. Por tanto, podrá resultar necesario que le expliquéis que la irritación tendrá como consecuencia el que hagáis algo desagradable si continúa el ruido. Ese algo desagradable puede que no sea nada más que poner una cara de sufrimiento, cuyo objeto es despertar la compasión afectuosa del niño (si es capaz de sentirla) o puede llegar a su expulsión del cuarto con derroche de innecesaria violencia; pero el principio es el mismo: no supone el empleo de falsas pretensiones; el niño aprende de manera directa que no le ha de aportar ningún provecho la falta de consideración para los demás. Y también, quizá, que mamá, que le ha obligado a aprender de memoria el Sermón de la Montaña, no es realmente cristiana.

La fabricación de monstruos

Esta industria no es de ninguna manera peculiar de China. Los chinos (según dicen) fabrican monstruos físicos. Nosotros los vilipendiamos por ello, y dedicamos nuestros talentos a fabricar monstruos morales de nuestros propios hijos. El padre que le dice a su hijo: "Yo soy uno de los aciertos del Todopoderoso; por tanto, imítame en todos los detalles o te desollaré" (actitud bastante corriente), resulta aún más ridículo que el hombre que, pipa en boca, zurra a su hijo por fumar. Si os resulta absolutamente preciso servir de ejemplo a vuestros hijos (que no es de ninguna manera necesario), que sea como escarmiento y no como buen ejemplo. Pero vale más que dejéis en paz el carácter del niño. Si una vez os tomáis la libertad de considerar al niño como material que podéis amoldarlo en la forma que más agrade a vuestro capricho, lo que haréis es malograr el experimento de la Fuerza Vital. Obráis según la suposición de que el niño no sabe lo que va a hacer, y que vosotros, sí. En esto es seguro que os equivocáis: el niño siente dentro de sí el empuje de la Fuerza Vital (llamada muchas veces la voluntad de Dios), y vosotros

no podéis sentirlo por él. Los padres de Haendel creían indudablemente que sabían más que su hijo cuando trataban de impedir que se hiciera músico. Se habrían equivocado de la misma manera, y de la misma manera fracasado, si hubieran tratado de impedir que el hijo se convirtiese en un gran pillo, si hubiera sido tal la naturaleza de su genio. Haendel habría sido Haendel, y Napoleón y Pedro el Grande lo que eran, a pesar de todos los padres creados y por crear, porque, como sucede muchas veces, eran más fuertes que sus padres. Pero no siempre resulta así. La mayoría de los niños pueden ser, y muchas veces son, desbaratados y echados a perder por padres que son lo bastante tontos e ignorantes para suponer que saben lo que debía ser un ser humano, y que no se detienen ante obstáculos en su determinación de hacer entrar a la fuerza a sus hijos en esos moldes. Todo niño tiene el derecho de seguir sus propias inclinaciones. Tiene derecho a ingresar en la Hermandad de Plymouth, aunque sus padres sean ateos convencidos. Tiene derecho a aborrecer a su madre, a su padre, a sus hermanos y a sus tíos, si le son antipáticos. Tiene el mismísimo derecho que el adulto a hallar su propio camino y seguirlo, parezca a los demás prudente o absurdo. Tiene derecho a la reserva respecto de sus propias acciones y sus asuntos propios, tanto como si fuera su propio padre.

BERNARD SHAW

ESTUDIOS

REVISTA ECLECTICA MENSUAL

PRECIOS DE SUSCRIPCION
PAGO ANTICIPADO

Para España, Portugal y América: Un año
(12 números) 6'50
Para los demás países: Un año (12 números) 8'00

*Incluido el número Almanaque de 1.º de año.
La suscripción puede empezarse en cualquier mes.*

Número suelto, 50 céntimos

A corresponsales y libreros el 20 % de descuento, libre de gastos de envío.

Se desean corresponsales.

Toda correspondencia, giros, etc., diríjanse al Administrador: J. Juan Pastor. — Apartado 158. — VALENCIA (España).



Revislones



La ridícula consecuencia

Los que siendo niños a principios del siglo que corre tuvimos que sentir estremecidos el gesto fiero y la voz desentonada de aquellos hombres que se llamaban a sí mismos *hombres de principios*, siempre tan consecuentes, tan formulistas siempre, hombres que, por ciega obediencia a los principios, sacrificaban a veces íntimos sentimientos humanos con rigidez verdaderamente estafalaria, nosotros, digo, pensamos a menudo en la angustia moral de tales hombres en la vida de postguerra, en que la característica más acusada es precisamente el *tambaleo de principios*.

En Ciencia, lo mismo que en Arte, en Filosofía igual que en Política, tan potentemente ha penetrado ya la luz del análisis—razón, ultramicroscopio, telescopio, bioquímica—en lo que va del siglo XX, que nada hay firme ni inmutable. Pero, ¡qué más! Si hasta los continentes del globo terrestre que veníamos considerando como la *tierra firme*, resulta que tampoco están firmes, sino que flotan sobre un magma pastoso y marchan a la deriva, según sostiene ahora Wegener con su escuela geofísica.

En el "Siglo de Oro Español", Calderón, el príncipe de la dramaturgia castellana, afirmó filosóficamente que *La vida es sueño*, y para demostrarlo llevó a la escena una obra de universal renombre. Hoy, en cambio, pasados los siglos del gran acontecimiento teatral, psicólogos de fuste escriben monografías para convencernos de que "el sueño es vida". Y empleando un sencillo procedimiento matemático podemos establecer:

VIDA = SUEÑO

SUEÑO = VIDA

De donde se deduce lógicamente que

VIDA = VIDA

SUEÑO = SUEÑO

O sea que, al cabo de los siglos, estamos como estábamos; es decir, ignoramos lo que es la vida y lo que el sueño sea. No se ha perdido todo, sin embargo, pues se han formulado dos bellas frases con un contenido parcial de verdad. Nada más que esto y nada menos, tampoco. Porque — como dice Richet — los hombres se diferencian por el lenguaje más que por las ideas. Dicho en otras palabras: la riqueza y precisión del léxico, mucho más que la profundidad de su ideario, caracteriza a los grandes escritores y a los pensadores eminentes. La ciencia misma—se ha dicho con alguna razón—no es otra cosa que un lenguaje perfecto.

Era común en boca de los *hombres de principios* a que antes nos referíamos la conocida frase: "*El poeta nace, no se hace*". Y hoy, por encima de todos los prejuicios acumulados por el tiempo, campea gallardo el nuevo principio de la ciencia estética, formulado por el italiano Croce: "*Homo nascitur poeta*" (Todo hombre nace poeta), "pequeños poetas unos, poetas soberanos otros"... La genialidad no es un producto bajado del cielo sino obra de la humanidad misma.

Y así podríamos seguir enumerando una larga relación de principios en pugna, que actualmente se debaten con ardor en los círculos pensantes.

Y al ofrecerles estas pruebas de cambio continuo del ideario humano, los *hombres de principios* se nos quedan con una lamentable expresión de macroglosia cretina. Ellos, los perseguidores entonces de la juventud de ideas exaltadas o de criterio no conformista, se encuentran ahora como la fiera acorralada, cuando tienen dos dedos de frente.

Pero, en general, no ocurre esto. Creen que su fortín actual es sostenerse como hombres consecuentes, virtud, al parecer, privilegiada. Pero eso de la consecuencia ya no convence tampoco a la juventud razonadora. *Consecuen-*

cia es secuencia con. Y vamos a ver qué valor hay en ese reducto. *Secuencia* equivale a *continuación*. Luego *consecuencia* quiere decir continuación con algo. Y este algo, claro es, son los "principios".

Pero, visto esto al análisis psicológico, se advierte inmediatamente que se trata de una *defensa psíquica*, como la fiebre corporal. El *hombre de principios* es un cerebro hueco,

relleno con pasta de "principios", y si le falta este abstracto mental cae en el vacío absoluto. Y esta es la única explicación racional de la ridícula *consecuencia*.

La juventud ya no acepta tampoco el lema shakespeariano del "to be or not to be". Hoy hay que realizar la paradoja viviente del ser y no ser a un mismo tiempo. Pero esto ya es motivo de más amplia disertación.

LUIS HUERTA



GACETILLA



En uno de sus últimos artículos ha contado Paul Souday, el célebre crítico francés recién fallecido, lo que sigue, que podría hacer meditar, si fueran capaces de meditación, a los escritores que se embebecen ante los nobles, como le sucede con harta frecuencia a Salaverría:

"Cuando M. Abel Lefranc, profesor del Colegio de Francia, sostuvo la tesis, bastante discutible, de que el verdadero autor de las obras de Shakespeare era el sexto Conde de Derby, se afirma que uno de los descendientes de ese noble lord, exclamó: "¿Por qué se le había ocurrido a ese señor Lefranc rebajarnos? Es falso. "Jamás hubo tinterillos en nuestra familia."

Esto me ha hecho recordar a un banquero provinciano que yo conocí. Acudía a tomar café a una peña de estudiantes, a la que iba yo también. Un día que había asistido a un banquete, y que había bebido más de lo acostumbrado, habló de sí mismo con una franqueza inesperada:

"Yo tendré la culpa de mi ruina. Me ciega la ambición de ser célebre. Daré crédito a las palabras de cualquier visionario, del cual todos desconfíen, a quien nadie tome en serio. Vendrá a mí, me explicará sus planes, que serán maravillosos; sus cálculos, que me parecerán exactos; sus ideas sobre el asunto que proponga, realmente sugestivas para un hombre deseoso de ser célebre, como yo; los motivos en que fundamente todas sus inducciones, que creeré acertadísimos; sus razones, que serán muchas,

infinitas, y que las expondrá con calor, con un entusiasmo contagioso. La sugestión de sus palabras me cegará, me dominará en absoluto, y me pondré sin tardanza a su disposición, con todo mi dinero. De nada servirán las advertencias de mis amigos y allegados que continuamente intentarán disuadirme de mi propósito de ayudar a un desconocido, quizá a un loco; de nada tampoco las recomendaciones especiales de mi cajero, que me advertirá el peligro de semejante empresa; de nada, en fin, mis propias reflexiones, suscitadas por esos consejos y advertencias de los que conmigo viven y trabajan y saben la marcha de mis negocios. Confiaré al visionario no solamente mi dinero, sino también el de todos mis clientes, pues invertiré cuanto tenga y cuanto me haya sido confiado. Y nada me importaría arruinarme y arruinar a los que hubieran puesto en mí su confianza, si a costa de ello alcanzara la celebridad que deseo. Pero tengo la certeza de que solamente sucederá lo primero."

Evidentemente, lo que había bebido de más se notaba en sus palabras. Pero el fondo de ellas le pintaba de cuerpo entero. Quizá iría a la peña de estudiantes buscando al visionario.

Uno de éstos, lector entusiasta de Quevedo —el banquero se llamaba también Quevedo—, le dijo: "Yo le ofrezco un medio de hacerse célebre, aunque esta celebridad sea modesta. Edite las obras de Quevedo—un escritor que se llamaba así—y repártalas por toda España."

"De ninguna manera, respondió el banquero.

Me daría vergüenza de que se creyese que yo era descendiente de un hombre que perdía el tiempo escribiendo."

Cada día se celebran más Congresos. En general, inútiles. Cosmopolitismo barato. Palabras en abundancia. Todo baladí. Pocos juicios discretos. ¿Buenos deseos? No basta. Discursos excesivos. Incontinencia de los discursadores. Alguna intervención certera, que pone fin al chorro sonoro de palabras vacías, lamentablemente vacías. Asomos fugaces, pero seguros, de una enfermedad incurable: la pedantería.

Sonrisas ante la incapacidad para la oratoria. Sonrisas ininteligentes. Esa incapacidad, generalmente, es una virtud. Mejor que decir insulseces, permanecer en silencio.

Nuevos chorros de palabras huecas. Almendras sin pepita. Ausencia de agudeza. Si alguna se eleva en el aire, pronto es ahogada por el mar fraseológico, epidemia que cada vez se hace más extensa. La modestia, desconocida. Una actitud de seguridad que demuestra, señaladamente, limitación. Cuanto más amplia es la visión, menos se adopta semejante actitud. Las afirmaciones rotundas sólo las lanzan quienes desconocen los problemas.

Nuevo desbordamiento de frases, algunas de significación. Intervenciones desdichadas. Aclaraciones inútiles. Torneos aburridos. Tormentas de discursos que descargan, inclementes, sobre los que, a prueba de paciencia, escuchan.

Acuerdos. Desacuerdos. Deseos de figurar, actitudes de estar de vuelta de todas las cosas sin haberse acercado a ellas. Y más afirmaciones rotundas, es decir, más pruebas de desconocimiento.

¡Hay quien espera de todo eso la salvación del mundo!

Me han llevado a ver la última maravilla de nuestros tiempos: una fábrica montada con todos los adelantos. Rojez y negrura. Ladrillos y humo. Chirridos broncos. Industria. Antipatía. Un centenar de hombres cada uno por sí en total soledad.

A un lector de esta sección de comentarios, en los que digo siempre lo que pienso del mejor modo que acierto a decirlo, el cual me escribe con elogios y censuras, que agradezco por igual, quiero contestarle aquí con algo que ya dije en otra ocasión, al problema que me plantea.

No juzgo a los hombres por las ideas que digan tener, sino por los actos que realicen y por las obras que creen. La vida me tiene acostumbrado al espectáculo de hombres que hablan, como si las sintieran, de las ideas más altas, y son secos, insensibles y fríos. Y al contrario: de otros que figuran en un sector de propósitos absurdos y de ideas retrasadas, y poseen un tesoro de sensibilidad inagotable.

San Francisco de Asís está más cerca de Kropotkin que de Torquemada, y éste podría estrechar la mano, con camaradería, a algunos hombres que se han llamado compañeros del célebre revolucionario. Para los últimos no tengo ninguna simpatía; para los primeros todo yo soy admiración.

JULIO BARCO



Descuentos a corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS

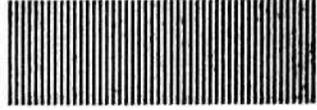
REVISTA.—En paquetes desde 5 ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento, libre de gastos de envío. En los envíos para Francia, el descuento va por los gastos de franqueo. Los pagos deberán hacerse cada mes por giro postal, cheque, sellos, etc. (en este último caso certificando la carta).

LIBROS.—En los libros editados por esta Revista, el 25 por 100 de descuento. En las demás obras aquí anunciadas, el 20 por 100 en rústica, y el 15 por 100 en las obras encuadernadas. En los Diccionarios, el 10 por 100. Los pedidos cuyo importe líquido sea de 10 pesetas en adelante, se envían libres de gastos de franqueo y certificado.

Para todo pedido de libros es condición indispensable el pago anticipado.—Si no se quiere o no se puede anticipar el importe al hacer el pedido, pueden indicar que se haga el envío a Reembolso, y en este caso se abonará el dinero al recibir el paquete de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50) van a cargo del comprador en este caso. Los envíos a Reembolso no rigen para el extranjero.

NOTAS.—Los suscriptores de ESTUDIOS deberán tener abonada la suscripción para tener opción al descuento señalado. Las suscripciones se abonarán por años anticipados (12 números, comprendido el Almanaque de 1.º de año, 6'50 pesetas para España, Portugal y América; y 8 pesetas para los demás países). Las suscripciones pueden empezar en cualquier mes del año.

En los pedidos debe indicarse el título y autor de los libros lo más claro posible. Cuando alguno de los libros pedidos se halle agotado o en reimpresión, dejamos el importe a disposición del comprador, enviando libre de gastos el libro o libros elegidos en sustitución del que haya dejado de enviarse. Todos los pedidos se sirven inmediatamente de recibido su importe.]


Autores y Libros
Korolenko


Recientemente di a leer a un devorador de novelas infectas *El músico ciego*, de Korolenko, una de las obras más tiernas y emocionadas de la literatura universal.

Me devolvió el libro, delicado como una caricia, completamente desencantado. No le había dicho nada. Si he de decir verdad, no me sorprendí. Sé el atrofiamiento de la sensibilidad que ocasionan los libracos que lee. Sé que matan la capacidad de reaccionar ante una obra bella y saborearla. Este a modo de experimento no ha hecho más que confirmar lo que sabía. Y darme medida exacta de la profundidad del daño que está perpetrando esa literatura ínfima que toda persona de buen gusto aparta de sí con apresurado ademán.

Korolenko no es uno de los grandes maestros rusos. Al lado de Gogol, Dostoievski y Tolstoi, su figura queda en segundo plano. Pero junto a Turguenef, Chejov y Andreiev, se adelanta a ocupar un puesto señalado.

Su obra mejor, sin duda, es *El músico ciego*. Libro de extrema sencillez y pureza. Quien no goce, leyéndole, las máximas delicias que puede proporcionar una creación literaria, tiene cegadas las fuentes de la emoción estética. Lo trágico, en el caso del lector desencantado, es que le ha venido de fuera esta incapacidad. Y hay muchos como él. Los libracos han caído en su sensibilidad como piedras en un manantial. Estas, cuando no logran por entero cerrar el paso al agua, la enturbian. Turbias están las mentes de todos los lectores de novelas infectas, cuando no cerradas en absoluto.

Korolenko contó siempre con la admiración del pueblo ruso. Después de Tolstoi, ningún otro escritor fué más admirado. ¿Como escritor? No. Preciso es decirlo. Como hombre. Que lo era tan grande como escritor.

En efecto, esa admiración se debía, más que a sus bellísimas novelas, más que a su noble y elevada producción literaria, a su actuación

contra las injusticias del régimen zarista. En todo momento, propicio o adverso, con una serenidad, con una energía y con un valor extraordinarios, se alzó contra la tiranía. Las persecuciones y los destierros caían sobre él constantemente. Pero esto no le importaba. Su voz seguía clamando, serena y valientemente, contra los tiranos de su país.

En 1872, cuando apenas contaba veinte años (había nacido en 1853), fué expulsado de Moscú, donde estudiaba, y deportado a Kronstadt. En 1879 fué detenido, y tras largo tiempo de prisión, deportado, primero a Viatka, después a la Siberia occidental, a Tomsk, y más tarde a la Siberia oriental, a Vilnisk, en la región de Irkutsk.

En la Siberia, en el inmenso desierto, entre hielo y nieve, conviviendo con un pueblo mísero, lejos de su país natal, recluso en una pobre choza, compartida alguna vez por compañeros de cautiverio, vivió hasta 1885, fecha en que pudo volver a Rusia. Pero no sin antes dar término a algunas de sus mejores obras, entre ellas *El sueño de Makar* y *El desertor de Sajalín*. En esta última, relato verídico, tanto como la tragedia del protagonista, evadido de la isla de Sajalín, descrita con la sobriedad maestra a la que sólo han llegado los grandes novelistas rusos, nos conmueve la íntima tragedia de Korolenko, que no habla apenas de sí mismo, pero que está presente, con sus dolores y sus nostalgias, en todas las páginas del relato.

¡Cuánta poesía hay en este relato! Todo él es un canto. El fuego—que es el mejor amigo en Siberia—, el bosque, el frío, la nieve, la mísera choza, todo cuanto le rodeaba en el destierro, fué cantado, poetizado por Korolenko. Y sobre todos estos cantos se eleva majestuoso el canto a la libertad. ¡Cómo la amaba! ¡Con qué potencia la cantó!

Ese evadido de Sajalín, hambriento siempre de nuevos horizontes, instintivamente enamo-

rado de la libertad, insatisfecho perenne del medio en que vive, eterno fugado, eterno inquieto, siente en sí poderosamente la apetencia de ser libre, de que no haya nada en torno suyo que coarte su libertad. ¡Cuán maravillosamente supo ahondar Korolenko en su psicología!

Korolenko, que consideraba la libertad como el más preciado de los bienes, que precisamente por defenderla con toda su pasión de hombre y todo su entusiasmo de artista se veía privado de ella y en destierro, ¿cómo no había de encontrar las palabras justas, las palabras encendidas, potentes y únicas para cantarla?

Cuando la espantosa represión que siguió a la revolución de 1905, Korolenko reunió en un libro, titulado *El imperio de la muerte*, cartas particulares de condenados, relatos de presos que habían presenciado horribles ejecuciones, noticias de diversa índole y procedencia, pero todas referentes a los horrendos suplicios de que fueron víctimas los revolucionarios vencidos, y entre ellos otras gentes que ni habían tomado parte en la revolución ni sabían nada de ella. Tolstoi escribió un emocionado prólogo para esta obra, imperecedero por su sencillez, en el que se reconoce la grandeza que era necesaria para escribirlo.

Ciertamente, se necesitaba ser Korolenko —ha habido muy pocos hombres que puedan compararse en este aspecto— para escribir un libro como *El imperio de la muerte*. El valor moral, la entereza y la energía que no se doblegan; la rebelión contra toda injusticia; la conciencia siempre atenta para no dejar pasar en silencio un crimen, que son las características más relevantes de este gran hombre, de este gran escritor ruso, tanto más universal cuanto más ruso en tales circunstancias, se desplegaron entonces, como unas alas inmensas, y esculpieron, más que escribieron, en páginas donde se refleja el horror, la sangre y la muerte—frutos de la represión—, la acusación más viril y más encendida contra un régimen execrable.

El corazón de Korolenko, como el de otros muchos grandes escritores rusos, también cuanto más rusos más universales —Dostoievski, Tolstoi, Andreiev—, era un corazón que ardía. Y ante los horrores del régimen zarista, como ante las miserias morales de los hombres, inten-

taba esparcir el fuego de esa llama, su lumbre íntima, ardorosa y acariciadora, que era un látigo contra la tiranía y la fealdad moral, y solícita ternura para las víctimas y para todas las cosas bellas y delicadas.

Mantuvo esa actitud hasta sus últimos momentos. Combatió la tiranía zarista, y sufrió por ello—gran honor—persecuciones y destierros. Cuando la revolución bolchevista triunfante emprendió también rutas de tiranía, se colocó francamente en su contra. Lo propio hizo Andreiev. Era lo lógico. Había sido a la tiranía en sí a la que habían combatido, y no iban a dejar de combatirla porque hubiesen cambiado los tiranos. Andreiev murió en una aldea de Polonia, en la miseria. Korolenko, en Poltava, a donde se había retirado hacía algún tiempo. La muerte de este gran hombre pasó casi por completo inadvertida. Inadvertidas pasan las bellezas múltiples de sus escritos para los lectores que devoran literatura infecta. ¡No importa! Pasará el tiempo. Caerán en olvido total esos libracos que atrofian la sensibilidad. Ni siquiera perdurará el nombre de sus autores. El nombre de Korolenko, al contrario, cada vez irá siendo más familiar. Y su grandeza de hombre y de escritor, parejas e igualmente admirables, brillarán al fin con luz pura y límpida. Con la misma pureza y límpidez que se desprende, como un delicado perfume, de su obra más bella y más colmada de ternura: *El músico ciego*. La cual seguirá no diciendo nada a los que tienen cegadas las fuentes de la emoción estética, siendo, como es, una maravillosa delicia, extraída de lo más vivo de la llama que era el corazón de su autor.

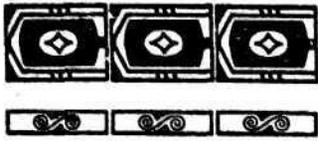
DIONYSIOS



Higiene del Matrimonio

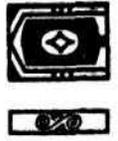
por el Dr. F. Montau

Obra magna y única en su género, de alta erudición y de prácticos consejos, que la hace insustituible en toda biblioteca y necesaria en todo hogar. En ella se compendian nociones útiles generalmente ignoradas, se dan preceptos importantísimos para la conservación de la salud y se dictan reglas provechosas para la felicidad doméstica, la crianza, educación e higiene de la familia. Última edición revisada y puesta en armonía con los recientes adelantos de la ciencia.—Ilustrada con numerosos grabados, y primorosamente encuadrada en tela. Precio, 7 pesetas.—Pedidos a esta Administración.



Letras de América

Egocentrismo



I

Tan ruda ha sido la agresión de los fanatismos que he tenido la suerte de acarrear cuando mis ideas personales empezaron a sembrar el escándalo en las almas, que a veces, aturcido por el cascabeleo afiebrante de la diatriba, perdido el rumbo, cobarde la voluntad, me he hallado próximo a naufragar, a hundirme con todo el equipaje de mis florecientes idealismos en el mar muerto del decrecimiento y la misantropía.

Pero más tarde he comprendido que todo eso no eran sino circunstancias favorables para la formación del espíritu, pues, también el carácter igual que el acero, se forja al calor de las llamas y a golpes de martillo.

Los temperamentos pasionales necesitan de las borrascas y las mareas que convulsionan hondamente la existencia y despiertan, con las más viriles energías, la intrepidez en el corazón del hombre, modelando su carne y su espíritu para la acción heroica ante el amor, la muerte y el combate.

En cuanto a mí, creo haber llegado, tras de todos los azotes de la duda, los desencantos y las fatigas comunes a las almas inquietas, a ese estado perfecto de serenidad espiritual, a ese gran equilibrio psíquico de los sentimientos y las ideas, en que se podrá tener ardor bélico y la sagrada obsesión de un ideal, pero no fiebres de celos ruines, de rencores mezquinos ni de envidias funestas.

A mí no me da por compararme con nadie para saber si tengo más o menos derechos que los otros a realizar cualquier función en la vida; y mucho menos cuando se trata de la noble función del pensamiento.

La verdadera emulación es siempre generosa; no debe volcar jamás el triunfo ajeno la gota de acíbar en nuestra copa. Franco y sin dejo de amarguras ha de brotar de nuestro

pecho el aplauso justiciero ante cada triunfo, o en su defecto nuestra alma no goza de salud; se halla en estado canceroso, y es preciso purificarla para salvar de su infección al mundo.

Adquirimos el aplomo de nuestros actos y nuestras ideas, recién después de haber logrado esta gran conquista sobre nosotros mismos, que nos hace mirar con mirada profunda y comprensiva la realidad de las cosas y nos da la confianza plena de sí mismo.

Así, me he visto en la necesidad de declararle a un señor dos veces viejo, por las ideas y por los años, que empeñado en *encarrilarme*—según decía—por el *buen camino*, quería destruir, con la lógica del error y en nombre de *su experiencia*, mis audaces conceptos de la vida:

—¿Y cuántos años, señor, necesita vivir un imbécil para tener experiencia?—le he refutado.

Reconozco mi rudeza en el lenguaje; pero, ¿hay nada más agresivo que esos dómynes ridículos que, en nombre de sus doctrinas o de sus años, se os acercan, y locuaces y frívolos como loros de feria, pretenden enseñaros a pensar, a obrar, a amar, a tener opiniones, y en una palabra: a vivir?

Quiere decir que no siempre podemos ser parsimoniosos, pues que se presentan casos en que la sinceridad nos obliga a repeler la agresión con un golpe mortal.

Con la misma insolencia en el gesto quiero contestar a mis detractores de ayer y de hoy: a esos urgadores de conciencias, que no han descubierto un nuevo oficio en el arte de ir mordiendo los talones a todos los hombres que con seguro paso transitan por las amplias aceras del ideal.

II

No he nacido para cumplir los fines de nadie, sino para cumplir mis propios fines sobre

todos los otros que han dado en inventarse en nombre de las cosas que carecen casi siempre de sentido.

No reconozco más fin que el fin de mi existencia.

Perdónenme este delito los que juzguen que no cumplí con Dios, con la Patria, con la Ley o con la Humanidad...

No habiendo nacido ni para Dios, ni para la Patria, ni para la Ley, ni para la Humanidad, sino para mí mismo, tal cual soy YO, según yo, y no tal cual debiera ser yo, según los demás, no he querido dejarme uncir al yugo de ningún deber, en nombre de ninguna entidad.

Yo soy el dueño de mis deberes como soy el dueño, en teoría, de mis derechos; y en cuanto a entidades: morales, políticas, sociales, religiosas, etc., nada hay superior a mi personalidad, grande o pequeña, perdurable o efímera, no importa, pero real y exclusiva frente a todas las abstracciones sin cuerpo y sin voluntad que han dado en colocarse como fantasmas de una eterna moralidad ascética, claudicante, renunciadora, ante la conciencia de las generaciones humanas.

¿Cuál es el que pretende señalarme mi deber?

¿Y cómo hacer para distinguir en él cuando se trata de un imbécil o de un tartufo, o de ambas cosas a la vez?

Empecemos algún día a vivir por nuestra cuenta, a ser los únicos árbitros de nuestra voluntad, los dueños de nuestros juicios o los jueces de nuestra conducta; y procedamos, no como lacayos, sino como señores, con la arrogancia de los que entienden haber nacido no para expiar viejos errores ni para pagar todas las deudas de la humanidad, sino para ejercitar sin escrúpulos todos los derechos de la vida.

Porque ésta impone a la conciencia un dilema inexorable: O conformamos nuestro espíritu a la ortodoxia de los convencionalismos sociales, lo que ya equivale a una castración, o nos mantenemos fieles a nuestro ideal, que es siempre lo antitético, y engrosamos entonces las filas de Satán, que simboliza la rebelión.

Sirvan en tal caso las cartas geográficas de la moral a los espíritus fragmentados, sin de-

cisiones propias, hechos a golpes de molde y autómatas como los polichinelas para alcanzar el suspirado puesto de la honestidad y la virtud.

Yo no tengo itinerario fijo. No esclavizo mi alma a ninguna premeditada norma de conducta cuando sé que el azar se encarga de ir revocando a diario nuestras más grandes resoluciones.

Aborrezco las ideas fijas, las concepciones fijas, las morales fijas y las conciencias fijas enclavadas como el Cristo a su madero. desde donde pretende guiar al hombre hasta la eternidad.

Tienen los astros su línea de traslación y sus órbitas la luz, lo mismo que las almas.

Los sistemas planetarios cambian, sin embargo, de posición y estructura, y no rompen jamás la ley del equilibrio.

El Cosmos, que es la suprema unidad, es un incesante modificador de la materia y la fuerza, de la plasticidad y la forma: cielos, mar, tierra, planetas y espacios, todo cambia, se transforma en una perpetua renovación que lleva por nombres «muerte» y «juventud». y en el océano de la vida universal una misma ley hermana al átomo con el infinito. una sola fuerza es la que produce el ritmo en las esferas siderales, la vibración de los átomos en el éter, la afinidad en los seres y las cosas, la solidaridad y la simpatía en los corazones.

Quien estas leyes comprende y deduce el vasallaje obligado de la condición humana ante la Naturaleza, en cuyo concierto sólo constituímos una nota, muchas veces modificada al menor acorde cósmico, ¿quién, digo, puede asignarse una especie de código de su conducta?

En mi corazón y en mi cerebro se operan constantemente gloriosas metamorfosis que renuevan mi voluntad, mis ideas y mis amores.

Como no pretendo estar hecho de una sola pieza, no tengo tampoco ningún sistema de moralidad determinado.

Para mí la vida es una intrépida excursión llena de riesgos y de esperanzas que sólo se realiza una vez y de la que es preciso salir victoriosamente, valiéndonos de todos los recursos a nuestro alcance, frente a las múltiples sorpresas del océano, y en la que sólo debe preocuparnos el deseo de conservar las mejores energías hasta el final del viaje.

Salvar la vida en tal sentido debe ser el principio de toda moralidad.

La vida es siempre hermosa, y una voz fascinadora nos murmura al oído (algún demonio joven acaso que quiere perder nuestra alma): «¡Oh, mortales, no rechazéis jamás los dones de la vida, ya que no más de una vez se presenta la ocasión de disfrutarla. No escuchéis las calumnias de las almas beatas, pues sólo ellas, que se revolcan en el cieno de las sucias intenciones, podían haber sido las inventoras del repulsivo dogma del pecado.

Amad, reíd, cantad, prodigad todos los tesoros de vuestro numen y todos los perfumes de vuestro ser; id siempre adornados como para una gran fiesta de gala que debéis hacer perenne, de vuestro buen humor, vuestra juventud, vuestros idealismos y vuestra alegría, pues tenéis tiempo de poneros serios, de volveros fríos, con el quietismo respetable de la muerte y la frialdad solemne de los sepulcros.»

JULIO R. BARCO

Facetas literarias

LIBERTAD

Amo a la libertad como a mi vida,
porque ella es vida de mi pensamiento,
porque es savia vital y es mi contento,
porque es ansia inmortal, mi preferida.

Amo a la libertad porque en mí anida
la pasión ideal; porque presiento
el fin de un mundo por demás cruento
y de una clase en el dolor sumida.

Amo a libertad porque por ella
tiene el triste precito a una estrella
que le sirve de guía en su tormento.

Y es por la libertad por la que vivo
en la sombría ergástula cautivo,
y por dar alas a mi pensamiento.

ACCION

Si tienes una mente, compañero,
haz que tu mente riele brilladora
en la mente del hombre, cual la aurora
que expande luz en su irradiar certero.

Si tienes dulce voz suelta el venero
de la ardiente palabra bramadora
que con cálida fuerza seductora
hace del individuo un ser sincero.

Y si no tienes voz ni tienes mente
procura que tu mano sea elocuente
y accione por las dos con armonía.

Pero el caso es *hacer*, sea como sea,
al impulso sublime de una idea
que nos hable de amor y poesía.

AMOR

Amar con frenesí, igual que se ama
a aquello que nos sirve de objetivo;
amar con ese amor que es fuego vivo
del ígneo corazón que de amor brama.

Amor que se da todo va en la llama
de la pasión viril; amor votivo
que sólo si es sincero lo concibo:
amor que el noble corazón proclama.

La fuente con amor da su agua pura,
la tierra con amor da su alimento,
y el cielo, de los astros la hermosura.

Si tan sencillamente el hombre diera
amor y libertad y pensamiento,
este mundo en amor bañado fuera.

M. MEDINA GONZALEZ

Breves apuntes sobre Educación

Toda la infinita variedad humana puede estudiarse en medio de los pequeños. La bondad, el desinterés, la malicia, guía hoy los actos de los niños y mañana los actos de los hombres. Y es que las pasiones nacen en la cuna y mueren en la tumba. Toda la vida es un seguido de problemas. Tiene tanta importancia para un niño la invención de un cuento, la construcción de un barquichuelo de corcho o el saber la finalidad del timón, como para un hombre la edición de un poema, la plasmación de una idea en el mármol o la invención de una nueva maquinaria.

Los grandes pensadores empezaron soñando debajo de un árbol que el viento hacía mover sus hojas, o delante las olas intranquilas del mar incomprensible.

Debemos interesarnos más por los problemas de la infancia. Tenemos que saber respetar sus pensamientos y sus ideas. Hemos de saber saltar la valla que separa los dos mundos: la de los niños y la de los hombres; es decir, procurar que la vida de los primeros sea más humana y la de los segundos más ingenua.

Hoy son tan incomprensidas por la gente las preocupaciones de los pequeños, como por éstos las ideas y los problemas de los hombres.

Y es que la infancia no es hoy donde empieza la vida de los hombres, sino una cosa aparte.

Si a copia de sufrimientos y sacrificios hemos llegado a imaginarnos una vida mejor, hemos de procurar que ya la escuela sea para los pequeños la sociedad perfecta que soñamos para los grandes, o si no nunca podremos vencer los prejuicios que se oponen.

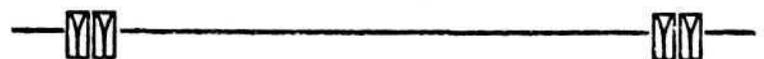
Que los niños sientan en la escuela las primeras inquietudes, y conozcan la realidad, y encuentren ya los ideales que puedan dar la felicidad al hombre, no lo lograremos si no hacemos desaparecer las pequeñeces y las cosas nombradas equivocadamente infantiles que en ella se encuentran, para enseñar a vivir una

vida real, enalteciendo lo que hay de grande y bueno, y desechando lo que hay de ignaro y repulsivo.

Es la escuela, única cosa que puede mejorar a la humanidad; la escuela bañada en ideas buenas, justas y verdaderas; la que haciendo más sensible el alma de los pequeños y de los mayores, puede ofrecer a la humanidad una felicidad más grande y más pura. Es a la escuela que hemos de dirigir todos nuestros afanes para que no sea una cosa comercial, para que la educación de nuestros hijos y los hijos de los otros no sean las tinieblas que han de oscurecer su vida. Y es alrededor de la escuela que se han de juntar los hombres que estiman sincera y desinteresadamente la humanidad, para poder apartar a los pequeños de las mentiras que han inventado los intereses de los hombres, y para poder conducir los tiernos cerebros por nuevos caminos más justos y más puros.

Son consideraciones como estas las que nos sugieren los pequeños en los instantes de meditación profunda.

E. A.

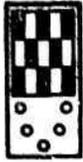


LECTOR: Piensa que estas páginas pueden desaparecer por falta de un pequeño esfuerzo por tu parte, por parte de todos, por no adquirir uno de los numerosos y buenos libros que anuncia en sus cubiertas, con el cual se eliminaría el déficit que constituye el lastre que dificulta su labor. ¡Pídanos un libro, el que le interese, con el cual nutrirá su inteligencia y habrá hecho desaparecer ese peligro!

La que supo vivir su amor

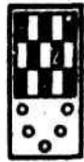
por Higinio Noja Ruiz

Novela altamente sugestiva e interesante, de asunto hondamente simpático y de intensa emoción, la cual viene obteniendo un éxito franco y merecido.—Precio, 4 pesetas.—Pedidos a esta Administración.



Vulgarizaciones

Por qué avanza la locomotora



¿Por qué avanza la locomotora? ¿No se os ha ocurrido muchas veces sentir deseos de hacer esta pregunta? Por mi parte puedo decir que de niño me la hice multitud de veces. La respuesta, que entonces me parecía tan difícil, la encuentro hoy bastante más fácil, y en seguida se me ocurre decir: anda porque las ruedas engranan, por decirlo así, con los carriles, y al rodar sobre ellos, como una rueda dentada rodaría sobre una cremallera, convierten su movimiento de rotación en movimiento de traslación y de avance. Está contestada la pregunta.

Pero seguidamente ocurre esta otra: ¿Y por qué giran las ruedas? Tampoco es difícil darse cuenta de este nuevo hecho. Giran las ruedas porque la biela las hace girar, ni más ni menos que el brazo de un hombre pudiera conseguirlo aplicando su energía a una palanca. Con lo cual queda contestada la segunda pregunta. La segunda, sí; pero no la última, porque ocurre esta tercera: ¿Y por qué la biela toma el movimiento de vaivén, que, transmitido a las ruedas, las pone en marcha? La verdad es que vamos *sobre carriles* en esta serie de problemas elementales. La biela oscila porque oscila la varilla del émbolo; y anticipándonos a otra nueva pregunta, que ya baila en los labios, diremos que oscila la varilla del émbolo porque oscila el émbolo en el cilindro de vapor: dos respuestas en una.

Empeño inútil, si fué empeño por concluir; porque antes de terminada la respuesta, salta bailarina esta nueva pregunta: ¿Por qué oscila el émbolo? Contestación inmediata: Porque la fuerza expansiva del vapor actúa sobre él, ya en un sentido, ya en otro. Otra pregunta tan inmediata como fué la respuesta: ¿Y por qué el vapor está dotado de una fuerza expansiva? ¿Qué es en suma la fuerza expansiva del vapor?

Aquí ya es preciso tomar aliento, porque el

problema ya no va siendo tan infantil como al principio. Es más; para explicar el nuevo fenómeno, tenemos que acudir a una *hipótesis* muy clara, muy sencilla, muy plausible, pero *hipótesis al fin*. En efecto; en los espacios intermoleculares del vapor de agua no penetra la vista, como penetra entre unos carriles, unas ruedas, unas bielas, varillas y émbolos; nos faltan sentidos para ello; sólo nos quedan la razón y la imaginación. El vapor de agua, como todos los vapores, y como los gases, *se supone* que está formado de moléculas acuosas que han roto las ligaduras que unas a otras las sujetaban, bajo formas de atracciones, y que ya libres, vagan en el cilindro de la locomotora, como *balas* perdidas, de una a otra parte; es una granizada infinita de proyectiles infinitesimales que bombardean el émbolo y lo empujan. De suerte que en el fondo, *el calor* de los vapores, su fuerza expansiva y su presión, no es otra cosa que una suma de movimientos invisibles. El tren que vuela sobre la vía salvando abismos y penetrando montes, representa una transformación de aquellos movimientos del interior del cilindro: coches que avanzan, mercancías que caminan, viajeros que recorren centenares de kilómetros, son dinámicamente lo mismo que partículas de agua que se precipitan en su cárcel de hierro contra la pared móvil que es el émbolo. He aquí por qué el vapor empuja al émbolo. Pero la curiosidad no se satisface tan fácilmente; aplacadas un punto sus ansias, vuelven con sus eternas interrogaciones. ¿Por qué se agitan, dice de nuevo, las moléculas líquidas? ¿Por qué no continúan como estaban en la caldera?

Nuevo problema que exige otra solución. Sucede esto porque del hogar pasó calor a la caldera, y el calor, según la hipótesis más plausible y más satisfactoria, es movimiento; porque la masa de agua se agitó cada vez con más violencia; porque, al fin, una tras otra salieron

disparadas las partículas líquidas, pasando del estado de líquido al estado de vapor.

¿Y ha terminado con esto la cadena de causas y efectos? ¿Sabemos ya por qué la locomotora avanza? ¿Llegamos por ventura al fondo del problema? Por haber pasado del tren que corre a la rueda que gira, a la varilla que empuja, al émbolo que oscila, al vapor que bombardea, al agua que se evapora, al hogar en que se quema el carbón de piedra, ¿hemos tropezado con un término a la eterna interrogación del ser que piensa, y con el pensamiento quiere penetrar hasta el corazón de todo misterio y de todo fenómeno? ¿Quién puede imaginarlo?

El carbón arde en el hogar de la locomotora y engendra calor, es decir, *movimiento*; pero ¿por qué? Porque entre el combustible y el oxígeno del aire existe afinidad química, atracción enorme, *amor inorgánico*, pudiéramos decir. La hulla, con ser tan negra y tan sólida, y el oxígeno, con ser tan aéreo, se aman con amor inmenso, y el oxígeno se precipita sobre las moléculas carbonosas con *velocidad enorme*, con ímpetu titánico, y este movimiento de atracción se traduce, para nuestros sentidos, en ascua, en llama, en temperatura: con luz y fuego y replandores se celebran todas las nupcias, las de la naturaleza viva y las de la naturaleza inorgánica.

Hasta ahora, *este es el hecho fundamental* en la cadena de hechos que venimos relatando: la combustión, la combinación química de la hulla con el oxígeno del aire, el oxígeno precipitándose con arrebatadora *velocidad*, es decir, *un movimiento*. No es maravilla que el tren marche; marchar el tren es recorrer unas cuantas masas puntos diversos del espacio; pues arder el carbón de piedra es marchar *unas* al encuentro de *otras* las moléculas de hulla y las moléculas de oxígeno. En el fondo, el fenómeno es el mismo, por más que cambie de apariencia en el camino.

El viajero que sentado tranquilamente en su coche va de Valencia a Madrid, o de Madrid a París, a razón de 50 o más kilómetros por hora, no sabe que camina con tal *velocidad* porque un poco antes *unos átomos de oxígeno*, a quienes nunca tuvo el honor de conocer, caminaron también, en un espacio pequeñísimo, hacia unas moléculas de carbón; dos viajes equivalentes: el *uno* en el mundo de lo invisible; el *otro*, sobre

terraplenes, sobre puentes, por cortaduras, por túneles; pero lo mismo da: *todo es uno*. El átomo de oxígeno es infinitamente más pequeño que el viajero (átomo humano); pero, en cambio, la *velocidad* del oxígeno al combinarse con el carbono es inmensamente superior a esos miserables cincuenta kilómetros por hora que antes mencióné.

Masa y *velocidad* se compensan y sustituyen, y se igualan en la *fuerza viva*. Dinámicamente, el viajero, caminando con la *velocidad* del tren, vale tanto como el átomo de oxígeno caminando con *velocidad química* de combinación; dos seres que caminando por algo, se precipitan hacia un término de su carrera: el viajero a Madrid o a París, el oxígeno al carbón. Este era el *primer término de la serie*, término que pasó en forma de calor a la caldera, en forma de calor todavía al agua, en forma de fuerza expansiva al vapor, en forma de movimiento visible al émbolo, a su varilla, a su biela, a la rueda y al tren, y que por esta serie de cambios llegó al fin de su evolución: el *viajero que camina* a razón de cincuenta kilómetros por hora.

Pero hemos escrito una frase inexacta y aun peligrosa: el primer término de esta serie es el oxígeno precipitándose sobre el carbón. ¿Por qué ha de ser el primero? Afirmar esto, ¿no es atizar nuevas curiosidades y aparejar nuevas preguntas?

Sean la atracción y la afinidad realidades, sean símbolos, en todo caso, si el oxígeno se precipita, inflamado por *pasiones químicas*, hacia la hulla, será porque estaban separados; y al punto brota esta nueva pregunta: ¿Quién y por qué los separó? ¿Por qué, amándose tanto, dormía aprisionada la hulla en las entrañas de la tierra, mientras vagaba el oxígeno por el espacio libre, buscando donde saciar sus ansias y sus atracciones? ¿Quién los separó?, repetimos. ¿Si es que los separó algún traidor de estos melodramas inorgánicos, o es que siempre estuvieron separados?

Y entonces, ¡gran crueldad y gran tormento! En todo caso, ¿por qué se separan y se juntan los elementos de la materia? ¿Qué representan estas uniones y estos apartamientos; esta ebullición inmensa; este guardar lutos de viudez en el fondo de la mina, o de celebrar bodas de fuego en el hogar de una locomotora?

Mientras las preguntas vinieron en fila, una por una, y fueron preguntas sencillas, fácil fué ir contestando; pero antes de contestar a todas éstas, que en tropel se precipitan, es forzoso tomar aliento y descansar, que de una rueda que va rodando sobre un carril a toda una

época geológica que rueda por los abismos del espacio, hay mucho camino recorrido.

De todas formas, me ha parecido prudente y oportuno publicar esta divulgación, ahora que se ha cumplido el primer centenario de la locomotora.

DAVID DÍAZ



Notas pedagógicas



La generación presente parece haber comprendido la grande importancia que tiene la niñez en el desarrollo evolutivo de la humanidad; por eso dedica, con verdadero entusiasmo, gran parte de sus esfuerzos en educar a sus infantes.

Sonríe el porvenir a la sociedad, porque indudablemente tiene que superar a la presente, toda vez que la educación es uno de los factores más importantes para el mejoramiento moral y material del hombre.

Ninguna obra será de más positiva trascendencia que la educacional. Poner en ella, aunque sea un diminuto átomo, es contribuir a elevar el inmenso monumento que orgullosos podemos ostentar a los siglos futuros, mostrándoles nuestro tributo para hacer perpetuar la civilización.

Estimamos que el principal objetivo de la educación debe consistir en hacer conocer al niño los fenómenos naturales que nos rodean.

Sin fatuidad, entendemos que falta cierta orientación pedagógica capaz de conducir la mente infantil hacia horizontes de felicidad humana.

Se pretende noblemente hacer una generación apta, consciente, que comprenda los derechos y deberes sociales, que se dé cuenta del mundo en que vive.

Para esto se requiere que el niño conozca lo mejor posible los fenómenos que están más en relación con nuestra individualidad, para que sepa apreciarlos sin ridículas supersticiones.

Se acostumbra en la escuela enseñar estos

conocimientos a que nos referimos de un modo memorístico, desagradable y tedioso; recargados de detalles; desprovistos de impresionabilidad, de sentimiento; de aquí que los educandos no se interesen por saber con amplitud la importancia de esos fenómenos y su valor para el desarrollo integral de la mente.

Estos conocimientos se exponen al estudiante en libros llamados de texto, en una forma tan poco atractiva, que los educandos, generalmente, detestan de que se les enseñen, o los aprenden como papagayos, desconociendo por completo el alcance, la importancia de dichos estudios.

Falta una bibliografía a propósito para ponerla en manos de los infantes; bibliografía en que se describan con la mayor sencillez los fenómenos de la Naturaleza.

Existen algunas obras que pueden servir de norma al fin propuesto: *La Astronomía popular*, por C. Flammarión; *El Arroyo, La Montaña, La Atmósfera, El Océano*, etc., por Eliseo Reclús.

Desde la infancia deben ser bien interpretadas las fuerzas que nos rodean. De la lluvia, el rayo, la luz, el aire, el agua, etc., conviene que el infante tenga una idea aproximada al alcance de su mentalidad.

Nos atrevemos a insinuar que es preciso iniciar a los niños en la comprensión unitaria del universo, haciéndoles inducir que los diversos elementos que hieren nuestros sentidos, y que muchos de ellos aprovechamos para fines industriales, son manifestaciones de la energía universal.

La comprensión unitaria del universo lleva al educando a deducciones racionales acerca de lo que observa a su alrededor y de su estrecha relación con el ser humano.

De más está decir que la importancia de la educación no consiste en que el niño aprenda muchas cosas de memoria, sino que asimile en su mente lo que aprende, de modo que por la educación que reciba sea capaz de ir desarrollando su personalidad hasta hacerla lo más consciente y útil que cabe en lo posible. Para esto se requiere el concurso de los padres y maestros. Este último necesita ser un buen psicólogo, un excelente director o guía mental, más que un enciclopédico o que un sabio.

Por otra parte, una educación integral no deberá olvidar tanto la elevación moral como el desarrollo físico del educando. Bien lo tuvieron en cuenta Rousseau, Spencer, Pestalozzi y otros notables pedagogos. Mas me parece que en este asunto tampoco está la pedagogía moderna lo suficientemente orientada.

Nos figuramos que no se aplican todos los medios que se requieren para que el niño comprenda la grande importancia de mantener la salud.

La educación física no consiste, como se sabe, en hacer atletas ni acróbatas, sino desarrollar en el niño el instinto de conservación en el más elevado sentido; en hacer comprender, por ejemplo, la importancia que tiene no ser glotón, no ingerir bebidas alcohólicas, no fumar, no cometer excesos de ningún género.

Hacerle conocer al niño lo conveniente de respirar aire puro; del aseo; de una alimentación sana, etc. Tenemos observado que la mayor parte de los adolescentes cuando abandonan los estudios se encuentran desorientados en lo que a mantener la salud se refiere; de aquí que infinidad de jóvenes de ambos sexos se entreguen al vicio de fumar, de ingerir bebidas alcohólicas, de excitantes, como el café, etc., o a otros vicios más deprimentes, como la morfina, etc.

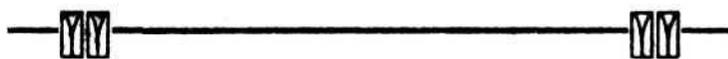
Nuestros modernos pedagogos dan más preferencia al cultivo de la inteligencia que el que se refiere a la elevación espiritual y física del individuo. No hay que olvidar que el segundo complementa al primero. Los antiguos lo sabían perfectamente; por eso expre-

saron el aforismo hartamente repetido: *mens sana in corpore sano*.

La escuela actual enseña a los educandos a memoristas, a eruditos, pero no a ser hombres conscientes de la vida, a conocer el supremo valor que tiene la elevación moral, y como consecuencia la salud del individuo, para poder realizar mejor los deberes que tiene que llevar a cabo en el medio social.

Hacer una generación sana, moral y físicamente, será la obra más excelsa que podrá legarse al progreso espiritual de la Humanidad.

EUGENIO LEANTE



ACABA DE APARECER

EL SUBJETIVISMO

POR HAN RYNER

Entre los más destacados prestigios intelectuales contemporáneos, ninguno como Han Ryner ha alcanzado la admiración mundial tan unánime, a pesar del silencio premeditado que a su obra opusieron en principio sus enemigos. Su cerebro genial irradia una luz potentísima que señala al hombre, sin titubeos ni convencionalismos, el camino recto para su liberación integral, despertando las conciencias adormecidas por seculares prejuicios, por el narcótico de atavismos absurdos, y el alma se ve libertada, a través de las páginas de sus libros, del peso angustioso de los errores acumulados por absurdas creencias milenarias.

La filosofía racional, pletórica de lógica incontrovertible, que Han Ryner expone en este su nuevo libro, es la filosofía de la vida, es la expresión de los sentimientos humanos que conquista en seguida el pensamiento del lector, pues ve al instante plasmado su sentir en sus palabras.

El Subjetivismo es un libro original y valioso, que saborearán con agrado todas las personas estudiosas.

Precio, una peseta.

A los corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 25 por 100 de descuento.

EVANGELIO REBELDE

MI PATRIOTISMO

Mi patriotismo: humanitario y amplio.

Donde quiera que mis plantas se apoyen en tierra firme allí me sentiré hombre, me sentiré señor; seré buen padre, buen hijo, buen ciudadano y buen prójimo.

Donde quiera que haya un árbol que me dé sombra y un arroyo para apagar mi sed, allí estaré con mis cinco sentidos, dispuesto para las causas buenas y defendiendo mis derechos y los derechos de todos.

Donde quiera que haya seres humanos que sufran, que estén oprimidos, allí lucharé por su redención, sin preguntar a qué raza pertenecen.

Para mí no hay fronteras: *los ríos unen, no dividen*; las montañas no son mojones, son moles inmensas que ocultan preciosas riquezas.

No por esto niego la predilección por mi suelo nativo, no niego mi preferencia por las costumbres y el lenguaje de la región donde he nacido.

Afirmo que mi patria es el mundo; pero no he de negar donde viva más cómodo, donde me sienta más feliz.

Sin dejar de amar el resto del orbe, tengo predilección por donde he nacido, mi tierra cuna, porque tengo la misma idiosincrasia de sus habitantes, porque me he acostumbrado a su cielo, a su majestuosa inmensidad.

El que ama la humanidad, ama la patria; pero de aquí no se deduce que quien ama la patria ama la humanidad.

Me enorgullecen los progresos de mi país, de mi *medio*; pero no por eso dejará de halagarme el progreso de otras tierras.

Todo se encamina hacia una gran República Universal, que indudablemente adoptará el régimen federal, la comunidad de todos, teniendo por estados a las actuales naciones. Creo en la superioridad de este régimen, no

porque deje subsistentes a las actuales patrias, sino porque se adapta más al progreso y naturaleza humana.

Mi lucha no es por los que sufren en este país solamente; es por los que sufren en todos los países del mundo.

Al que de lejos venga a mi pueblo, no le llamaré extranjero: le llamaré mi hermano.

Mi imaginación no hiperboliza los hechos de la historia del país donde he nacido; los ve tal cual son. No ve héroes donde hubo motineros, ni grandes cívicos donde hubo intrigantes. Tanto respeto le merecen un libertador de pueblos americanos como un libertador de pueblos europeos. En un trofeo guerrero no ve un motivo de orgullo, sino nada más que un pedazo de oro, un poco de acero o de madera.

No deseo la supremacía de mi nación: deseo la prosperidad de mi región.

No espero la supremacía de mi raza, sino la fusión o la armonía de todas las razas.

MI BANDERA

Mi bandera: el firmamento y el sol.

Esa inconmensurable bandera que flamea sobre nuestras cabezas como un símbolo de esperanzas, de gloria y de paz.

Esa bandera en cuyos pliegues se ocultan mundos y nubes, fuego e ideas, y quién sabe qué desconocidos, qué enorme, qué grandiosos gestos.

Esa, que es la bandera de toda esta pobre humanidad, y hacia la cual se dirigen todas las miradas en los días de las victorias y en las horas de las tristezas.

¡Amo también la roja bandera del pueblo!

Esa que tiene el color de la sangre que se derrama en las peleas, el color de soles que mueren y de auroras que anuncian nuevos días: ese color que hace rabiar a los toros y estremecer a los protervos.

Esa bandera que en los combates se confunde con los muertos ensangrentados y con las llamaradas de los fusiles; que en los mítines fulgura un reto de muerte a los tiranos, y luce en las huelgas, haciendo oír a cada chasquido que le da el viento una nota lúgubre, como si fuera un gran grito de hambre...

Esa bandera que tiene el rojo auroral de los amaneceres pomposos.

La amo, porque el rojo es lucha, es acción. El incita en las peleas, da fuerza al vencido y resplandece en los ojos de los muertos.

La amo porque vivimos en una época aurora.

Cuando el día haya surgido en todo su

esplendor, cuando la Justicia brille sobre el mundo, sólo habrá una bandera, blanca como ella, y el sol lucirá íntegro en sus pliegues como el astro-símbolo de la ciencia, que es la madre de la libertad, y que entonces derramará sus esplendorosos rayos sobre la humanidad redimida.

Pero mi bandera, mi gran bandera, será siempre todo el azul del cielo, toda la luz del sol y toda la gloria del firmamento, hermosamente decorado con blancas nubes y resplandecientes astros.

Bandera toda de ideales.

¡Bandera de poeta!

ALCIDES GRECA

Historia de la Evolución



La evolución es una doctrina que define el desenvolvimiento de todas las formas de la vida, como consecuencia de una modificación gradual de otras formas anteriores y más simples.

Los antiguos

Los filósofos griegos Thales, Anaximandro, Heráclito y Empédocles, han tenido una vaga idea de lo que es la evolución, entendiéndola así que la vida emanaba de la materia inanimada, creyendo en la supervivencia de los más aptos y en el origen animal del hombre. Aristóteles creía en la transformación de las especies. La evolución fué enseñada en la antigüedad por los grandes ateos Leneipo, Demócrito, Epicuro, y sobre todo Lucrecio, el poeta latino.

Apareció entonces el Cristianismo con su odio al razonamiento y su glorificación de la fe. La filosofía abandonó Europa para tomar arraigo en Oriente, y una vez la larga noche clerical disipada, volvió por la vía de la España. El reino del terror cristiano duró mil años. La Edad Media fué la Edad de las tinieblas. La Ciencia estaba prohibida. La Religión imperaba como poder absoluto y supremo.

Los modernos

En el seno de esas tinieblas aparecieron Copérnico, Galileo, Bruno, los cuales dijéronse: las estrellas son soles; la tierra no es el centro del universo. Vanini acudió después proclamando la graduación de las formas de la vida. La muerte permitió a Copérnico salvarse de las persecuciones. Galileo se retractó. Bruno y Vanini fueron quemados vivos. Los religiosos habían triunfado.

Bacón, Descartes, Leibnítz, Hume, distinguieron confusamente la verdad de la evolución. Tuffón la apercibió claramente; pero el temor a los religiosos le incitó a mentir. Su retractación junto con la de Galileo son los dos documentos más humillantes que existen. Laplace propuso la hipótesis nebular; es decir, que los planetas provienen de una nebulosa incandescente. Lyell dedujo por las rocas la antigüedad del mundo. Goethe, Erasmus, Darwin y otros, defendieron la ley o plano del desarrollo, como entonces se decía.

Luego vino Lamarck, quien creó la doctrina de la Evolución. El mismo año en que nació Darwin, atacó con gran atrevimiento los dog-

mas de la Perennidad de las Especies y de la Creación Especial. Fué el primero que afirmó y trató de demostrar que el hombre descendía del mono.

Después de haber reunido algunas pruebas durante el espacio de veinte años, Carlos Darwin, en 1859, estableció la verdad de la Evolución con la publicación de su obra *El Origen de las Especies*. Haeckel, el ateo de Jena, hizo más que ningún otro por la popularización de las obras de Lamarck y Darwin; él fué quien combinó el árbol genealógico del hombre, tal como generalmente está admitido en nuestros días.

¡Cuánta rabia entre la gente religiosa! La reacción clerical se hizo casi unánime. Hasta sabios hubo que tomaron parte en el ataque. Virchow, que en el principio había también abrazado la idea de la Evolución, más tarde declaró que "nosotros no debemos enseñar que el hombre desciende del mono o de cualquier otro animal, porque resulta peligroso para el estado". Darwin había rematado su obra con esta profecía: "la luz se hará sobre el origen y la historia del hombre". Tan significativa es esa afirmación, que el primer traductor alemán no la reprodujo.

La Evolución necesitó un medio siglo para conquistar el mundo científico. En 1922, la Asociación Americana por el Adelantamiento de las Ciencias declaraba que "no hay ninguna generalización científica que se halle más sólidamente sostenida por la evidencia verificada, que la de la evolución orgánica".

En suma, la Evolución ha sido descubierta por los antiguos ateos griegos y renovada por los ateos franceses.

Las pruebas de la Evolución

1.—*La Geología: el testimonio de las estrellas*

La Geología fué quien abrió la primera brecha en la creencia bíblica. El museo de la Naturaleza; las capas del suelo terrestre contienen las pruebas indiscutibles de la certidumbre de la Evolución.

En las rocas estratificadas se encuentran restos de animales y plantas que existían en la época de la formación de tales rocas. En las

capas completamente inferiores no se encuentran fósiles. En las capas superiores aparecen, en primer término, los restos de las formas más bajas de la vida—laberínticos, caracoles, corales—, después los pescados, y así sucesivamente hasta el hombre primitivo. Las estrechas relaciones existentes entre los fósiles de las capas sucesivas no se pueden explicar sino por descendencia directa.

Los antievolucionistas no suministran explicación alguna. Cuando los fósiles fueron descubiertos, la mayor parte de los cristianos dieron creencia a ridículas suposiciones de exhumación; pero algunos trataron de ajustar los hechos a la fe, y esa tentativa dió origen a la monstruosa doctrina de los Cataclismos. Los animales creados por Dios y destruidos por él mismo mediante catástrofes tales como el Diluvio, renovándolas en diferentes períodos, perfeccionando cada vez un poco más los animales. Con Cuvier a la cabeza, los Reconciliadores combatieron fanáticamente en pro de la doctrina de las Creaciones sucesivas, pero fueron aplastados por los geólogos dirigidos por Lyell.

El carbón está constituido de restos fósiles de bosques espesos. ¿Quién podría negarlo cuando está plenamente visible la impresión de las hojas y de los helechos? ¿Quién podrá admitir aún que una vena de carbón de un kilómetro sólo data de seis mil años? Un pedazo de carbón contiene la suficiente dinamita positiva para hacer saltar todos los argumentos de la Biblia. El sol es la fuente de la vida. Quien sienta la necesidad de adorar algo, ¿por qué no adoraría al sol?

Las capas de tiza, algunas de las cuales tienen más de un kilómetro de espesor, están formadas por esqueletos de animalculos depositados en el fondo de los mares, a razón del espesor de una hoja de papel, o sea de 2'5 centímetros en mil años.

Los saltos de agua del Niágara han desgastado 36 kilómetros de roca; a razón de tres pies—90 cm. por año—, han sido necesarios más de 30.000 años para obtener semejante resultado. Lo cual equivale a cinco veces el período bíblico.

Conociendo el tiempo que necesita el uranio radio-activo para disolverse en plomo, la edad de las rocas se revela por las cantidades

relativas que de esos metales contienen. Según este reloj químico, la edad del mundo pasa de mil millones de años.

La Geología se basta por sí sola a demostrar la Evolución. Los anales de las rocas no se pueden poner en contradicho.

2.—*El desarrollo pre-natal*

Durante el desarrollo del feto en el vientre de su madre, pasa por los diferentes estados de la animalidad que sus ancestros recorrieron.

En cierto momento el feto tiene los oídos de un pescado; en otro momento posee una cola más larga que sus piernas; a los seis meses tiene el cuerpo cubierto por un espeso manto de pelo. Sucesivamente el corazón del embrión humano cuenta dos cavidades como un pescado, tres cavidades como un reptil, cuatro cavidades como un mamífero.

En la palabra "Evolución", la *Encyclopedia Britannica* observa: "El hecho que un pájaro o un hombre pase por un estado en que su organización es esencialmente la de un pescado, no tiene ninguna razón de ser si no se admite que los vertebrados terrestres provienen de ancestros náutico-pisciformes..."

Los miembros de un grupo de animales parientes se parecen más en los primeros períodos de su desarrollo que más tarde. En los primeros estados de la procreación las diferencias son inapreciables. Los embriones de un mamífero, de un ave, de una serpiente, tienen desde el principio una apariencia semejante.

Hasta el cuarto mes de la gestación los embriones del hombre y del mono son idénticos.

¿Por qué negar que el hombre desciende de seres con cola que vivían hace un millón de años, puesto que nadie entre los seres humanos está dotado de apéndice caudal? ¿Por qué los creyentes no dan en fundar una Sociedad anti-embriologista?

3.—*Los órganos inútiles*

Más de cien órganos de que se sirven los animales inferiores resultan inútiles en el hombre. Entre ellos el apéndice, las amígdalas, los músculos accionadores del cuero cabelludo, las orejas...

Todo hombre posee mamelones inútiles y señales de útero; toda mujer posee indicios de órganos machos—les ancestros de la especie, habiendo sido en determinados momentos "hermafroditas"—, seres a la vez macho y hembra.

Quienes viven entre animales domésticos, al observar un tocino se habrán podido dar cuenta de que encima y detrás de sus dedos tiene además otros que le son inútiles, atrofiados.

"Al objeto de comprender la existencia de los órganos rudimentarios, basta suponer que un progenitor primitivo poseía los dichos órganos en perfecto estado, y que en condiciones de vida modificadas serían reducidos grandemente, ya por falta de uso o por selección natural de los individuos menos encumbrados de partes supérfluas." (Darwin.)

4.—*Similitud de estructura*

"Tomando por base la doctrina de las acciones o creaciones independientes, ¡cuánto aparece inexplicable la semejanza existente entre la mano del hombre, la pata del perro, la de la foca, el ala del murciélago! Cuánto esta similitud se explica fácilmente por el contrario, recurriendo al principio de la selección natural de las ligeras variaciones sucesivas en los descendientes diferenciados de un progenitor único".—*Darwin*.

5.—*La distribución geográfica*

Los animales de una región determinada tienen el mismo carácter general; pero cuando se franquea la barrera que forma la montaña o el océano, se encuentran formas nuevas de vida. Este hecho no puede concordar con la doctrina de las creaciones especiales. Necesariamente se desprende de la Evolución.

Hasta una época muy reciente la Australia no contaba con ninguno de los animales superiores. ¿Por qué? La Evolución resuelve el problema. Hace unos cien millones de años, cuando el kanguro representaba allí la forma más elevada de la vida, la Australia se convirtió en una isla.

¿El kanguro hizo por mar el trayecto de ida y vuelta del arca de Noé?

6.—*La creación de nuevas especies
por el hombre*

El hombre ha creado nuevas especies. La patata de Burbank, la Logamberry, la uva, el cactus sin espinas, han sido producidos por la selección artificial. El mismo procedimiento ha producido doscientas razas de pichones domesticados, algunas de las cuales constituirían especies aparte si vivieran en estado salvaje. La col, la col repollo, la col nabo, la col verde, la

coliflor y la col de Bruselas provienen de un tronco común.

Lo que el hombre hace en pequeña escala y en un corto lapso de tiempo, la naturaleza lo efectúa en gran escala y en el curso de un período geológico. Los actos del hombre son reflexionados, los de la naturaleza son ciegos.

CHARLES SMITH

Trad. Sakuntala.



Los Deportes

Verdaderamente hermoso es el deporte. Hay deportes de fuerza, de destreza, de ingenio; los hay brutales, rápidos, armoniosos; de sala, de campo, de piscina; que se adaptan a hombres, a mujeres, a niños; que desarrollan los músculos, la respiración, el juego de los remos; que apasionan, que deleitan, que entretienen; pero todos ellos son higiénicos, saludables y vigorizantes.

Es muy bonito colgarse de unas «anillas», y con una formidable contracción remontarse hasta adaptar una posición dominante; subirse a unas «paralelas» y ejecutar una interminable serie de difíciles ejercicios; balancearse en la «barra fija» y llegar a dar vueltas completas; subirse de mil formas diferentes por la «escala inclinada»; hacer «la vertical» con las manos apoyadas en el suelo; todos estos ejercicios, dignos de acróbatas, ¡qué bonito es llegar a hacerlos! También lo es jugar un partido de fútbol corriendo tras el huidizo balón, burlar a un compañero, quitarle la pelota de los pies a otro, chutar hacia el marco y hacerlo entrar, hacer un «pase», una «parada», un «despeje»... ¡qué sé yo cuántas cosas más! No es tampoco despreciable colgarse la mochila a la espalda y emprender un paseo de cuatro o cinco horas por las montañas cuajadas de pinos y respirar el aire sano y agradable, perfumado de resina, que es la salud misma; escalar la cima de una montaña y al llegar arriba gozar de un mag-

nífico y extenso panorama y aguantar el recio viento de las cumbres; cruzar un barranco después de innumerables dificultades; y después de la jornada, cuando se llega a casa, disfrutar del voluptuoso placer del descanso. Resulta interesante emprender una excursión en bicicleta y pasar pueblos y más pueblos, devorar kilómetros; forzarse en una cuesta, deslizarse rápido en las pendientes, pedalear de firme en el llano, bajar veloz un declive lleno de virajes, salvar un obstáculo. Es muy agradable zambullirse en un río o entre las encrespadas olas del mar y recorrer unos cuantos metros nadando a la «braza» u otro estilo cualquiera; flotar largo rato con los miembros rígidos; descender a las profundidades un momento y admirar los misterios que ocultan; lanzarse desde la «palanca» o desde lo alto de una roca y gozar de la extraña sensación que produce el salto; aguantar largo rato sobre el líquido. Sería interminable hacer resaltar las bellezas del deporte, sus sensaciones, sus atractivos. Ejecutando un deporte, especialmente la gimnasia, se desarrollan los músculos, adquieren una fortaleza inaudita, una energía inigualable; se desarrolla la respiración, se aumenta considerablemente la capacidad de los pulmones, se respira con más facilidad; se adquiere destreza, seguridad, ligereza, actividad.

Contemplad a un buen deportista: robusto, sano, gallardo, airoso; parece una estatua grie-

ga; es el envidiable tipo del atleta. Y en un cuerpo sano y vigoroso, cuando no lo domina la fanfarronería, es donde mejor pueden alojarse los sentimientos nobles, las ideas sanas; donde está el campo mejor cultivado para los pensamientos y la razón. Es como mejor se llega a obtener un cuerpo y un alma sanos.

* *

Pero el hombre no gusta de hacer buen uso de cuanto se pone a su alcance, y del deporte saludable ha hecho un entretenimiento perverso; el deporte bello ha venido a convertirse en lucha denigrante. Si no, ved esas competencias en las que los disputantes todos se hacen enemigos por el afán de lograr un primer puesto; se ha convertido en lucha insulsa, en la que los mejores amigos llegan a enemistarse, los compañeros a reñirse, algunos a aniquilarse; es el hombre con sus instintos de fiera.

Aun no es éste todo el mal. El dinero, ese déspota que nada respeta, ha hecho del deporte el peor uso que podía hacer: la explotación como espectáculo. Ha hecho que unos cuantos lo tomaran por una profesión y se prestaran a cobrar una cantidad considerable por realizar una batalla campal en vez de un partido de fútbol; una lucha a muerte en lugar de una exhibición de boxeo; una pirueta trágica en puesto de una carrera de autos; un suicidio seguro en vez de una proeza alpinista. Ha hecho que un puñado de hombres arriesguen la vida, muchas veces sin ninguna afición deportista, por otro puñado de pesetas. Ha despertado en el hombre-espectador unos instintos de fiera.

Estudad un público.

Hay un acróbata que ejecuta ejercicios arriesgados a diez metros de altura, sin otra cosa debajo que el suelo limpio; todo el mundo se emociona y entusiasma. Hay el mismo acróbata a la misma altura que realiza los mismos ejercicios, pero con una malla extendida en el suelo que le protege del riesgo de una caída; a nadie llega a interesar. ¿Pierde algo en belleza aquel ejercicio porque haya una malla ocho metros más abajo? No; pero se quita el riesgo, lo único que sabía admirar dicho público.

Un combate de boxeo. Los dos que se exhiben pelean hábilmente y demuestran su conocimiento en el juego; apenas logran que el espectador se tome la molestia de mirarlos. Otro combate de boxeo, los mismos que se exhiben, un «directo rápido»; un «crochet» que acierta, un potente «upercut», y uno de ellos se tambalea y rueda por el «tapiz» con la cara ensangrentada; todo el público aplaude con frenesí, con delirio. ¿Necesita comentario esta acción?

Es el aviador que pasa por donde antes murieron muchos; el equilibrista que cruza una calle sobre un alambre a la altura de un quinto piso y con peligro de estrellarse; el corredor que corre un número de kilómetros superior a sus fuerzas y acaba tísico; el bailarín que baila doscientas cuarenta horas seguidas y pierde la salud para siempre; el ayunador que ayuna cuarenta y cinco días y va a parar a un sanatorio; todos éstos son los que entusiasman y subyugan al público; los mismos, realizando un ejercicio más bello, pero sin los riesgos, tan sólo encuentran un número de hombres infinitamente pequeño que se interese por su trabajo.

* *

El deporte, como ejercicio, es bello, saludable e higiénico; como lucha, es denigrante para quien lo ejecuta; como espectáculo, rebaja el nivel moral de los espectadores. El hombre debe aprender a admirar mejor la belleza de las cosas. En el mundo sobran espectadores y faltan actores.

VALENTÍN OBAC



LECTOR AMIGO: Si crees digna y eficaz la labor educativa de ESTUDIOS, ayúdanos, comprándonos un libro, a matar el déficit que la amenaza. Esta Revista no obedece a ningún interés particular, sino a un elevado y noble propósito cultural. Se sostiene de la venta de sus libros. ¡Ayúdanos con un pequeño esfuerzo para sacarla de la angustiada situación en que se halla!

Ligeras consideraciones sobre el Infinito, el Ideal, el Espacio y el Tiempo

I

El infinito, lo que no tiene fin, lo que nunca acaba, ¿puede existir en la realidad? Cuando afirmamos que el Universo es infinito, ¿qué queremos expresar? ¿Que su extensión es infinita? ¿Es posible que *realmente* exista una extensión infinita, una extensión sin fin, sin término?

Supongamos que alguien preguntara: ¿Cuántos astros pueblan el Universo? Y se contestara: Infinitos. ¡Cómo! ¿Infinitos? Si ello fuera cierto tendríamos dos infinitudes en extensión: la del Universo y la del número de astros. Pero como el Universo es el *todo* y el número de astros una parte en él constituida, resultaría, en virtud del axioma de que *el todo es mayor que la parte*, que, de los dos infinitos, el primero sería mayor que el segundo, lo que es imposible. Luego el número de astros no puede ser infinito, sino finito. Si, en vez de a los astros, nos hubiéramos referido a los átomos, iones o electrones, la conclusión a que llegaríamos sería idéntica.

Entre los astros, estrellas y átomos existen los titulados espacios interestelares e interatómicos. Si juntamos esos espacios, llenos de éter, o de lo que sea, y todos los cuerpos cósmicos existentes, tendremos el todo Universo. ¿Infinito? ¿Finito? Cuando decimos Universo, queremos decir *todo* el Universo, ni más ni menos. Y no procede objetar que donde acabe el Universo *empezará algo*, porque siendo el Universo *todo* lo que existe, es lógico inferir que, más allá de él, no hay ya nada. El Universo no puede tener límites, pues para que los tuviera tendría que haber algo, fuera de él, que lo limitara, lo que es absurdo, según se acaba de ver. Tampoco cabe decir, con Pascal, que el Universo es una esfera, cuyo centro está en todas partes. La esfera, como todo el mundo sabe, es un cuerpo definido por la propiedad que tienen

todos los puntos de su superficie de equidistar de uno interior llamado centro. La imagen pascaliana, como se ve, es ingeniosa, pero encierra una contradicción palmaria. ¿Qué figura tiene entonces? Si consideramos que el Universo está transfigurándose de continuo, es decir, pasando de una figura a otra sin cesar, sin darnos cuenta de lo difícil, por no decir imposible, que ha de ser determinar su figura, si es que alguna vez llega a determinarse.

Según el famoso principio de Lavoisier de que *en la Naturaleza nada se pierde ni nada se crea*, cualquiera realidad *material* es eterna, no en cuanto a su forma, sino en cuanto a sus elementos (átomos, iones o electrones) constitutivos. El Universo, como realidad material que es, es eterno, aunque finito en extensión, como finita es toda extensión. Lo inmaterial es inextenso o inespacial.

II

La Materia, la Fuerza, la Energía, el Espacio y el Tiempo, considerados aisladamente, son grandes abstracciones, aspectos diversos, modalidades distintas de una sola realidad, llámese la sustancia o como se la quiera llamar. Si nosotros las separamos es porque sin esa facultad que poseemos de abstraer las cualidades y propiedades de los seres y cosas ni existiría Ciencia, ni Arte, ni Literatura, ni Filosofía, ni Lenguaje, ni nada de lo que representa Cultura y Civilización.

En Geometría se habla del punto, de la línea y de la superficie, como si existieran por sí, independientemente. En la realidad, sin embargo, sólo hay cuerpos. En Pedagogía, en Antropología criminal y en Terapéutica se trata del niño, del delincuente y del enfermo, esto es, de un niño abstracto, de un delincuente abs-

tracto y de un enfermo abstracto. En la práctica tenemos que tratar niños, delincuentes y enfermos, distintos y reales, de carne y hueso, que cada uno requiere un tratamiento *sui generis*, individual. El tipo normal de salud, el tipo ideal fisiológico, que, por abstracción, nos hemos forjado, tampoco se da en la realidad. El ideal de justicia, de ética, de libertad, nunca podremos realizarlo del todo, sin dejar residuo. Un ideal dejaría de serlo desde el momento en que se realizara. Fijémonos, por ejemplo, en la libertad. Ni individual ni socialmente podremos ser jamás *enteramente* libres. Un individuo (o una sociedad) absolutamente libre sería una abstracción, un ente metafísico: Siempre existiría algo de qué libertar a la sociedad o de qué libertarnos a nosotros. Los caminos, por lo tanto, del ideal (libertad, progreso, justicia, etc.) no acaban nunca, desembocan en el infinito. El ideal nos sirve de brújula y caminamos sin cesar, en serie inacabable de transformaciones, hacia él, sin que nunca logremos plasmarlo, en su integridad, en la realidad, porque es infinito e inagotable. De la contemplación de la realidad social, siempre defectuosa, imperfecta y engendradora de dolores e injusticias, nace por un ansia de mejora, muy lógica y humana, el ideal social, que, de poderlo realizar en su totalidad, produciría una sociedad perfecta. Cosa que no es posible, porque ¿qué tendríamos que hacer en una sociedad perfecta? Nada, puesto que ya estaba todo hecho.

III

Volvamos al tiempo. El tiempo es la evolución del Universo y el espacio su extensión. Notemos bien esto: El espacio o extensión es una cosa dada, un dato, una realidad eterna; pero una realidad. El tiempo o evolución, o sucesión, siempre se está produciendo, nunca acaba de realizarse. El tiempo es, pues, un ideal, no una realidad. En Matemáticas, el infinito es el símbolo de la imposibilidad. Y eso y no otra cosa es. El infinito no es número. El número, como todos sabemos, resulta de la comparación de dos cantidades de la misma especie, una de las cuales hace el oficio de unidad. Suponiendo que pudiera existir una cantidad infinita, una cantidad que no tiene fin, ¿con qué la íbamos a comparar? Cualquiera unidad

que eligiéramos, por grande que fuese, resultaría contenida en ella un número infinito de veces. ¿Se comprende la absurdidad o imposibilidad?

La luz aseguran los astrónomos que recorre 300.000 kilómetros por segundo. Y hay astros, dicen, cuya luz tarda en llegar a nosotros miles de años. Una distancia enorme, vertiginosa. Hecho el sencillísimo cálculo, a base de 1000 años, resultan: 9.460,800.000,000.000 de kilómetros. Representémonos en nuestra imaginación un momento de la evolución del Universo. Sigamos hacia atrás, haciendo un esfuerzo imaginativo extraordinario, la serie de involuciones por que ha pasado. Como la serie es infinita, la imaginación se fatiga y cesa de seguirla, porque sabe que nunca acabaría de recorrerla. Si ahora preguntáramos: ¿Cuántos kilómetros tiene esa trayectoria retrospectiva, o cuánto tiempo ha transcurrido, desde el momento supuesto hacia atrás, en verificarse esa serie interminable de involuciones? ¿Qué sentido tendrían estas preguntas? Ningún sentido real. A partir de ese momento hipotético, hacia atrás o hacia adelante, la serie de involuciones o evoluciones, siempre es infinita, y no puede, por tanto, realizarse. Una cosa real es una cosa realizada. Lo que aún no se ha realizado no es real. Lo será cuando se realice. Pero como una serie infinita nunca podrá realizarse, es claro, clarísimo, que no es una serie real. Acaso se me arguya que de las dos series la serie retrocesiva se ha realizado, puesto que se ha llegado al momento que hemos supuesto. A esto redarguiré que en el Universo ni hay atrás ni adelante, y que esa *aparente* antinomia, que resulta de haberse realizado una serie que no tiene fin, proviene de la ilusión de creer que la vida del Universo se rige, como la nuestra, por relojes. Nosotros, que vemos cómo se suceden unas cosas a otras, unos acontecimientos a otros, cómo pasan los días, meses y años, y cómo casi todo en nuestra vida está reglamentado y sujeto a horarios, hablamos de períodos de tiempo, de antes y después, del pasado, presente y futuro, y por una generalización ilimitada aplicamos estos conceptos a la vida del Universo, sin caer en la cuenta de que en éste no hay antes ni después, sino siempre presente. El tiempo, al modo nuestro, no tiene vigencia en la vida del Cosmos. ¿Qué importa a esta

vida, considerada en sí misma, que nuestro sistema solar haya sido formado antes o después que otro sistema, o que la constelación Hércules haya tardado billones o trillones de años en transformarse del estado nebuloso al que actualmente tiene? En el Universo no son aplicables las grandes divisiones, ni las pequeñas tampoco, que hacemos del tiempo en edades (paleolítica, neolítica, etc.); y aun nosotros, al proceder así, procedemos por abstracción y porque conviene a nuestros métodos de estudio, pero no porque en la realidad se den esas lindes o líneas divisorias. En la evolución de la Tierra, en la de la Humanidad y en la del Universo no hay solución de continuidad. Por donde se mire, siempre sacaremos la consecuencia de que el tiempo es una abstracción, un ideal que, como tal, sólo tiene existencia en nuestra mente, en nuestro espíritu, pero no en la realidad material.

IV

¿De cuántas gotas se compondrá toda el agua que hay en el Globo? Podemos formarnos una idea remota del número tan enorme que representa, teniendo presente que un litro contiene 20.000 gotas de agua destilada, a la temperatura de 4 grados centígrados. Pues bien; una gota de agua que para nosotros es una cantidad pequeñísima, es para esos átomos animados, denominados "microbios", un océano. El volumen de una flor, ¿qué es comparado con el de la Tierra? Una insignificancia. Sin embargo, para un microorganismo, esa flor es un mundo. Hay microbios cuya vida dura un minuto o menos. Si pudiéramos con aparatos especiales y apropiados medir el tiempo fugacísimo que duran las sensaciones de esos diminutos seres y el número de las que se suceden, acaso en una milésima de segundo, es probable que entonces quedáramos sorprendidos al ver que la duración de ese minuto es para ellos lo que para nosotros son cincuenta o sesenta años, que es lo que dura la vida del hombre por término medio. El tiempo se alarga o se acorta según el fluir de la vida de unos seres *con relación* a la de otros, o, para el mismo tiempo, el número de sensaciones *varía* según es ese fluir.

Entre nosotros, *relativamente*, se cumple la misma ley, ya que nuestros ritmos vitales son distintos. Un hombre de extraordinaria acción

exterior, o de muy intensa y animada vida mental, vive en treinta años más que otro viviría en mil, si pudiera, y cuya vida discurre a compás lentísimo. ¿Para qué multiplicar más los ejemplos? Se haría interminable este trabajo, y hemos resuelto acabarlo ya.

En síntesis: El Espacio es la extensión de la máxima realidad material, que apellidamos Universo. Toda realidad material es finita en extensión. Luego yo no puedo concebir el Espacio como infinito. El infinito es una imposibilidad real, porque lo que no tiene fin no puede realizarse en ningún momento ni en todos los momentos. Es una *concepción*. Imagino, concibo infinito el Tiempo, o evolución del Universo, porque éste, ni puede desaparecer, ni cesar en su evolución. El infinito y el ideal son inagotables. Y, finalmente, el Tiempo, en lo que a nosotros y a los demás seres vivientes se refiere, es muy relativo.

LUIS FERRIZ GARCÍA



ACABA DE PUBLICARSE

Como el caballo de Atila

POR HIGINIO NOJA RUIZ

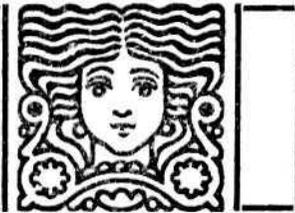
Novela de profundo humanismo, de emoción intensa y de trascendencia psicológica e ideal

El hecho de ser el autor de esta hermosa obra uno de nuestros colaboradores asiduos y entusiastas de ESTUDIOS y uno de nuestros amigos particulares más queridos, nos priva de comentar su nueva producción, dejando a la crítica la primacía de emitir su juicio. Se ha abusado en la prensa (de todos los matices, no hay que negarlo) de la batahola favoritista, del bombo y del compadrazgo para hacer pasar por bueno género averiado que no ha tenido valor e interés ninguno, que es natural que el lector acoja con reservas todo elogio que pueda parecer interesado. Únicamente queremos adelantar que la nueva obra de Noja Ruiz crea un nuevo género de novela, superior a cuanto ha salido hasta ahora de la fértil pluma de este joven y ya popular novelista. Un asunto atrevidísimo, un problema de honda penetración psicológica que ocasionará multitud de comentarios, principalmente entre los escritores de vanguardia.

Precio del ejemplar, cinco pesetas.

A los corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 25 por 100 de descuento.

En el Musco del Prado



La maja vestida

(De Francisco de Goya)

Tiembla con el gran soplo de la vida
su cuerpo, envuelto en impecable seda,
cual si esperase, en su quietud fingida,
al blanco cisne, adorador de Leda.

Toda de gloria y de ilusión vestida,
mas la sublime desnudez remeda,
como la luna en la estación florida,
detrás de la romántica arboleda.

Blanca, más blanca que visión ninguna,
se presintiera que entre luz y aromas,
tomóse formas de mujer la luna.

¡Si no inspirasen pensamientos rojos,
con la gran rebelión que hay en sus pomos,
la premeditación que hay en sus ojos!

El Príncipe Baltasar

(Cuadro de Velázquez)

Débil entre la fuerza masculina
de la naturaleza y de la raza,
con el mastín y con la carabina
va el príncipe minúsculo de caza.

Decoración: la vigorosa encina,
el mastín que solemne se solaza,

la Sierra con su nieve en la colina
y el Prado con su espléndida terraza,

Retoño regío, pero polvo vano,
cuando mañana como al fin cristiano,
dé con su vida en el abismo eterno,

hijo del rey Felipe IV, su gloria
como su padre, legará a la Historia:
una escopeta y un mastín.

El Caballero de los Ojos Claros

(Cuadro del Greco)

Místico cuya carne ama el flagelo,
cabellos grises y la barba breve,
ojos bañados de piedad y anhelo,
y hondo mirar que el corazón conmueve...

Pálido rostro que atormenta el duelo,
gola gentil como de espuma y nieve;
bajo el negro jubón de terciopelo
algo que apenas a latir se atreve.

Más que gran caballero de amplia gola,
símbolo de una edad de horca y cuchilla,
parece hay alma en el desierto sola.

¡Hay en sus ojos la infeliz tristeza
que hoy siente la inmortal madre Castilla,
cuando ante el polvo de sus glorias reza!

ALFONSO CAMÍN

NOTICIAS

Hemos recibido una circular, cuya extensión nos impide el publicarla íntegra, ya que llegó a nuestras manos cuando estaba este número compuesto, en la que se da cuenta de la próxima reaparición de *Redención*, periódico semanal que se publicaba en Alcoy, y cuyo historial ideológico es bien conocido. El grupo editor actual, integrado por jóvenes capacitados y de criterio bien definido, se propone superar en esta segunda época la labor cultural e ideológica de dicho semanario. Al efecto, *Redención* se dividirá en cuatro secciones: Filo-

sofía, Ciencia, Arte y Combate, en las que colaborarán firmas de valía reconocida en las filas de vanguardia libertaria.

Por el concepto favorable de moralidad y responsabilidad que nos merece su actual grupo editor, estamos convencidos que no harán *un periódico más*, y que *Redención*, en su reaparición continuará ostentando el prestigio ideológico que le caracterizó en su época anterior. Nos permitimos recomendar a cuantos sientan la necesidad inaplazable de un órgano orientador en la lucha, apoyen cuanto puedan la iniciativa de su reaparición, adquiriendo al efecto los tickets que el grupo editor ha puesto en

circulación, con el fin de recabar los fondos necesarios. Los tickets se venden a 0'25.

Diríjanse los pedidos de tickets a E. Cortés, calle San Mateo, 26, Alcoy (Alicante).

* * *

Horizontes.—Para el 15 de noviembre se anuncia la aparición en Elda (Alicante) de un periódico cultural y de ideas, también impulsado por entusiastas jóvenes a quienes anima un criterio libertario y la necesidad que se

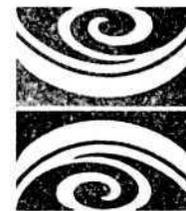
siente en los medios específicos de orientación y de lucha. Por ahora se publicará semanalmente.

En la circular recibida, en que anuncian su aparición, se ve claramente un propósito laudable y una voluntad decidida en la aportación de elementos de estudio y de orientación. Sinceramente deseamos el mayor éxito en sus propósitos. ¡Adelante!

Pídanse ejemplares a su Redacción: Mecánico Rada, 17, Elda (Alicante).



CLARIDAD



El buscaplé

Estas líneas van dirigidas a todos aquellos hombres que no tienen dominio sobre sus pasiones, que no pueden sustraerse del dominio de sus vicios y más especialmente a esa pléyade de muchachos que, entregados a vicios bochorrosos, están estropeando su vida y su porvenir.

Si el autor consigue regenerarles, o al menos indicarles un camino para ello, se dará por satisfecho. Ahora vamos a ser lo más claros posible. Empecemos:

El hecho

El hecho es sobradamente conocido: la mayor parte de nuestra juventud está azotada por esa terrible plaga que se llama masturbación, y esto hay que decirlo sin escrúpulos de ninguna clase; nuestra pluma ahora es el escalpelo que deja al descubierto el mal.

No es preciso que demostremos el hecho que antes hemos afirmado, lo hace por nosotros la realidad; allí donde haya muchos jóvenes podréis ver cuán pocos han alcanzado el desarrollo normal y cómo en muchos, desproporcionados, se adivina la obra del vicio que ha restado energías al organismo cuando éste más las necesita.

La extensión de la plaga todos la sabemos, ya por nuestro trato, ya porque su nombre siempre está a flor de labios. De los perjuicios que causa ya no se sabe tanto, mejor dicho, ya

no se quiere saber tanto, que no es lo mismo. Sin duda que es molesto que nos hablen de pérdidas; pero hay que estar al corriente de ellas para saber lo que significan y lo grandemente que influyen en nuestro organismo.

La masturbación embota, envilece, trastorna y mata; por ella se va a tres sitios: al hospital, al manicomio y al cementerio. No hemos recargado el cuadro con negros colores. Tened en cuenta que nuestra misión es de perfeccionamiento y no de rebajamiento; nos hemos de elevar hasta el superhombre y no hemos de retroceder hasta el simio.

La causa

Es evidente que la causa de la masturbación está en nuestra voluntad que nos impele a realizar actos contra natura. Pero obsérvese que la voluntad está dirigida por los pensamientos y que, por tanto, éstos son los resortes que la empujan y dirigen. Pero nuestros pensamientos no nacen espontáneamente, sino que, por lo general, son sugeridos e inspirados en lo externo.

En los elementos externos, pues, hemos de buscar las causas que nos sugieren esos pensamientos que nos obligan a obrar en ese sentido pernicioso.

Entre los múltiples elementos están en primer lugar las obras pornográficas, que buscando el lucro inmediato no vacilan en ofrecer pasto envenenado a quien busca un rato de

descanso en sus libros, sin cuidarse de las tremendas llagas que abren en la humanidad, cada vez más doliente y enfermiza.

No ignoramos también que para el adolescente hay también otras causas que excitan su imaginación sexual. La aglomeración en los cines es verdaderamente flageladora, y mucho más con el perturbador ejemplo de la escena silente que actúa de aliciente en los no iniciados.

Otra causa que podríamos señalar es la de las revistas teatrales en las que hay intercalados toda clase de chistes obscenos, que sugieren en el adolescente (materia más a propósito para ello) mil ideas sensuales, que, al no poder llevar a la práctica, ha de buscar en la masturbación la válvula que las desahogue.

Haríamos la lista interminable y además inútil, porque todos las conocemos; correríamos el peligro de ponernos demasiado dogmáticos, y de dogmatismos ya tenemos bastantes para que procuremos imponerlos por nuestra cuenta.

Tócanos ya hablar de otro punto, puesto que la causa es de todos conocida, y el hecho, desgraciadamente, lo es demasiado para insistir sobre él.

El remedio

Hemos quedado en que la causa próxima del vicio que nos ocupa es la voluntad, que nos hace efectuar esa serie de actos que nos conducen al debilitamiento general.

Luchar contra la voluntad mal determinada es una tarea casi imposible y de dudosos resultados. La Psicología nos dice que para luchar contra un hábito es preciso formar otro hábito contrario, y que necesariamente tenga mayor potencia que el adquirido. Pero este sistema no nos conviene en absoluto, porque nos produciría una lucha interior verdaderamente agobiante. Bastante lucha nos cuesta a veces la simple incontinencia para aventurarnos en una lucha de voluntades. De antiguo hay un refrán maravilloso, y tal vez no tan conocido como debiera: "Deja a la lujuria un mes y ella te dejará tres". Este refrán yo lo ofrezco a aquellos que tengan la voluntad de sobreponerse a su volición desencaminada.

Pero para individuos de poca voluntad, el cumplimiento de ese refrán sería casi imposible.

Hay, pues, que escoger otra arma de com-

bate contra la horrible plaga, y ésta sí que es más segura: consiste, no en combatir el mal hábito, sino en combatir las malas ideas que lo alimentan, en sugerirse pensamientos sanos y fortalecedores.

De sobra sabemos que todo pensamiento tiende a traducirse en acción. No hay, pues, que alojar en nuestro intelecto ni por el más leve momento malos pensamientos, porque como huéspedes asesinos, pagarían mal nuestra hospitalidad. El trabajo pesado y violento de combatir un hábito con otro hábito, se reduce a una sencilla pero constante selección de nuestros pensamientos, y desechar inmediatamente de nosotros todo pensamiento o representación que indudablemente, al convertirse en realidad objetiva, había de traernos fatales consecuencias para nuestra salud.

El remedio está, pues, al alcance de todos. Sólo se necesita ser un poco constante para no caer nuevamente, y en las horas de crisis buscar otra salida más racional a esa febrilidad almacenada... Haced ejercicio, deporte, trabajo... y si esa febrilidad no os abandona, daos una ducha: es un remedio probado que hace abandonar los malos pensamientos.

Colofón

Quiero brindaros unas recetas morales para que las toméis cada día:

La pérdida de nuestras fuerzas es debida más bien a los vicios de la juventud que a los estragos de los años.—CICERÓN.

Desdichado es el que por tal se tiene.—SÉNECA.

Un corazón alegre hace tanto bien como un medicamento.—SALOMÓN.

¡Cuántas injusticias y maldades se cometen por mero hábito!—TERENCIO.

¡La paz sea con vosotros!—EL AUTOR.

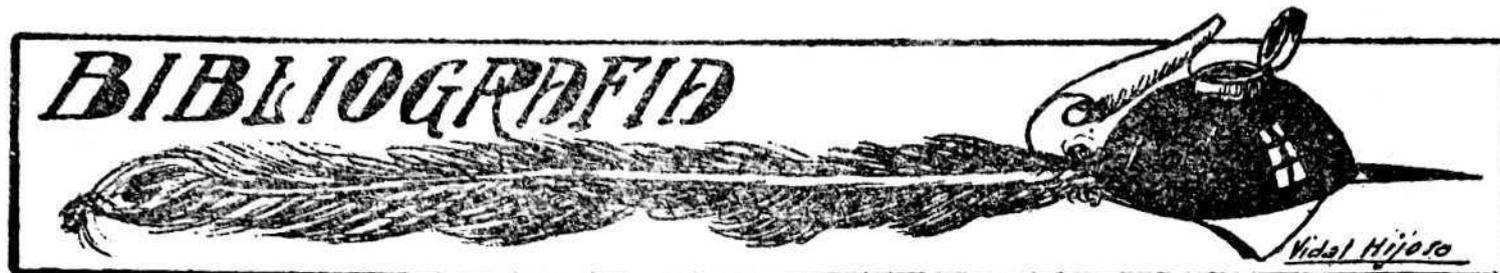
JACINTO TALENS ALBELDA

Toda la correspondencia, giros, certificados, valores, etc., diríjanse de la siguiente forma:

Sr. D. J. Juan Pastor

Apartado 158.—VALENCIA

Este número ha sido revisado por la censura



En esta Sección publicaremos un juicio crítico de todas aquellas obras cuyos autores o editores nos remitan dos ejemplares.

Eliseo Reclús, por Max Nettlau. — Harto conocidas son la pericia, la paciente laboriosidad de hormiga, la minuciosidad con que se documenta y la escrupulosa exactitud con que Max Nettlau escribe la biografía de estos grandes hombres que por su amor a la humanidad, a la justicia y al bien, se hicieron acreedores al respeto y a la veneración reverente de cuantos poseen siquiera un adarme de sensibilidad y buen sentido.

Más conocida es aún entre nosotros la inmensa labor llevada a cabo en el transcurso de su agitada y asendereada vida por Eliseo Reclús.

Viajero infatigable que mide con el compás de sus piernas la tierra toda de uno a otro hemisferio, observa atentamente cuanto le rodea y deduce de sus certeras observaciones enseñanzas provechosas; pone su protesta viril al margen de cada injusticia; lleva su voz de aliento, impregnada de simpatía y ternura, a los humildes, y vierte raudales de vivísima luz, que inunda la conciencia humana, que se debate y tantea desorientada en las densas tinieblas del error.

La obra de este hombre anonada por su calidad y por su cantidad. No se concibe cómo con tan escasos medios, y teniendo que vencer tantos obstáculos, puede realizarse labor tan ponderada, plantar hito tan gigantesco en el campo de la ciencia, llevar aportación tan valiosa a la cultura y al bien.

Eliseo Reclús, sabio justo y rebelde, como acertadamente le apellida Nettlau, fué uno de los hombres más completos de su siglo. Y quizá de todos los tiempos.

Teniendo que ocuparse muchas veces en los trabajos más rudos y peor retribuidos; sufriendo con frecuencia los retortijones y angustias

del hambre en el estómago, a pesar de su inverosímil sobriedad; de salud poco robusta, viaja a pie, se documenta, estudia la configuración de los continentes, el curso de los ríos, la distribución de las costas, la vegetación de los valles y las peculiaridades de las diversas zonas de cultivo, la composición de las rocas, las condiciones climáticas y topográficas de los pueblos, su origen, sus costumbres y las principales características de las razas, la fauna y la flora de las más apartadas regiones del globo terrestre, la naturaleza de las montañas que escala; explora y porracea con su martillo de geólogo, y como fruto bien logrado de este esfuerzo tenaz y constante que llena su existencia entera, nos ofrece su insuperada *Geografía Universal*, monumento glorioso erigido a la ciencia por un hombre que une a la precisión y metodología científicas el numen luminoso, constelado de gemas espejeantes de un poeta genial. Nunca nos resultó el estudio de la Geografía tan interesante y sugestivo que cuando Reclús nos inició en él. Describe los múltiples lugares de la tierra, sensibilizando los paisajes, inspirándonos un amor acendrado e intenso hacia la Naturaleza, haciéndonos sentir el supremo encanto de cuanto su pluma, pincel mágico, va revelando. Nadie que haya leído, ya sea de pasada, cualquiera de las monografías de este viajero enamorado de la Naturaleza y amigo de los hombres, ha dejado de oír el trinar de los pájaros exóticos, el susurro de la brisa en el follaje, el gentil murmurio de los arroyuelos; ni ha dejado de ver la majestuosa belleza de las selvas vírgenes, ni de sentir la poesía que emana de cuanto vive y palpita entonando un himno a la Vida en el seno de la maga Natura.

Mérito de un valor señalado es este, pero

Reclús es más todavía. No sólo es un sabio este hombre de sonrisa bondadosa y semblante de santo o de patriarca bíblico. Es además un hombre bueno. Ha visto y sufrido muchos dolores e injusticias en su incesante peregrinar por los más diversos pueblos del planeta, y su noble espíritu se subleva y conmueve. Entre sus preferencias intelectuales de geógrafo, se abre paso y se crea un lugar distinguido su ensueño de una humanidad feliz y sonriente, de una *ciudad del buen acuerdo universal*, no seccionada por el odio, y de una tierra no parcelada, no dividida en predios, no propiedad exclusiva de nadie, convertida en oasis de paz al ser destruidos los odiosos privilegios que han hecho de ella un inmenso campo de Agramante. Resultado de estos dos amores — la Geografía y la Humanidad liberada — es *El Hombre y la Tierra*, historia dolorosa de la humanidad infeliz y canto inspirado a la sociedad futura, comprensiva, justa, feliz, libre...

Perseguido, hambriento, falto de salud, azotado y a punto de ser pasado por las armas cuando la Commune de París, condenado a presidio, todavía escribe, labora y se esfuerza en instruir y consolar a sus infortunados compañeros de cautiverio. Cuando la protesta de todos los sabios del mundo abre las puertas de su prisión, él continúa su labor un poco más apenado, torturado su espíritu por el amargo recuerdo de los atropellos que ha sufrido y presenciado, pero sin abandonar su bondadosa sonrisa y sin perder su inquebrantable fe en la bondad y en el supremo poder creador de la voluntad del hombre.

La vida de este hombre, de esta figura noble y gigantesca, es la que nos sirve en el libro que comentamos Max Nettlau. Leer esta biografía, admirablemente bien escrita, no sólo es conocer vida tan interesante y destacada, sino que es también fortificarse en el ejemplo de lo que el individuo puede hacer cuando posee una voluntad firme y la orienta a la consecución de un propósito noble y elevado.

Doña Bárbara (Novela), por Rómulo Gallegos.—He aquí una novela que nos hace concebir las más halagüeñas esperanzas en el porvenir literario de este joven autor americano que nos da a conocer la Editorial Araluce, de Barcelona.

Confesamos que no siempre logran convencernos los escritores de la América de habla española. Les hallamos, por regla general, excesivamente dulzones y de un lirismo rebuscado, ramplón y empachoso, que acusa las más de las veces una indigencia mental absoluta. En este libro de Rómulo Gallegos hemos quedado gratamente sorprendidos.

Doña Bárbara es una novela de costumbres muy bien lograda. La vida áspera y brava del campero americano está trazada de mano maestra. Los tipos, hábilmente dibujados, dan una sensación de realidad indudable. La descripción del paisaje y del ambiente, y faenas del peón y del estanciero, llenas de color y vida. La trama del relato, sencilla y bien urdida. Todo el conjunto de la obra, armónico, perfecto, ponderado. Y desde la primera hasta la última página, amenidad, interés creciente, emoción contenida, trazos sobrios y certeros, observaciones y atisbos psicológicos de una justeza admirable.

Una novela bien trazada, sí. Y bien lograda. Rómulo Gallegos se nos presenta en esta obra novelista de cuerpo entero. Hay vena y condiciones sobresalientes en este escritor para cultivar con acierto el difícil género y conquistarse un lugar preeminente entre los verdaderos maestros. Y si no... al tiempo.

El mundo agonizante, por Campio Carpio.—Existe la creencia de que un libro es tanto más vigoroso, recio y subversivo, cuanto más violento sea su tono y más se use y abuse de las palabras gruesas. Craso error. El lenguaje áspero y violento sólo acusa incultura y falta de razones que exponer. Un libro es eficaz cuando se ha trabajado y henchido de intención toda frase y se ha expresado con claridad y concisión lo que el autor se proponía decir. Decir que un burgués es una mezcla de bribón y canalla, es peor que callar. Lo que importa no es insultar al adversario, sino vencerle en toda la línea.

Decimos esto a cuento de *El mundo agonizante*, de Campio Carpio. El autor ha pretendido escribir un alegato brioso contra la guerra, y tras documentarse superficialmente, ha confeccionado una obra pobre de argumentos, aunque rica en expresiones malsonantes que

no dicen nada en contra de la guerra ni predisponen en favor de la paz.

Nosotros creemos sinceramente que la intención de Carpio es buena; pero la intención no basta. Para que la labor del libro sea eficaz hay que empezar por estudiar a fondo la tesis que se desee desarrollar, y después desarrollarla en un lenguaje claro y correcto. Es la única manera de sacarle partido a un propósito y como únicamente nos haremos respetar. Para convencer es indispensable razonar. En un tono agresivo y violento, ni con la razón iremos a ninguna parte. Conste.—H. N. R.

Para los niños de América (Poesías), por *Gastón Figueira*.—Dentro de lo difícil que resulta a los adultos escribir para niños, el señor Figueira ha logrado parte de su propósito haciendo unos versos sencillos y agradables.

Permítasenos indicar, a pesar de todo, que estos versos parecen escritos para niños felices, y adolecen de algunos defectos capitales. El primero, a nuestro juicio, estriba en aconsejar al niño que sea hermano de todos los niños de América, siendo más hermoso aconsejarle e inculcarle sea hermano de *todos* los niños. Otro error es el de pretender inculcar en las mentes infantiles un americanismo que está mandado a retirar, hablando de generalitos y de glorias guerreras.

En conjunto, el libro no es malo, aunque el autor haya perdido de vista que en el cerebro del niño es preciso ir sembrando nuevas normas de vida.

Paidoterapia.—Tan notables como los anteriores son los números 86 y 87 de esta interesante revista. Insertan, además de una nutrida información acerca de aspectos varios de la Medicina, originales valiosísimos de los doctores Schlossberger, Toledano, Noringer, Adam y Gómez Salvo.

Impulso.—Revista mensual, Punta Alta (Bahía Blanca).—Un ariete contra el fascismo y el imperialismo, y al mismo tiempo un buen elemento de cultura, es esta revista que edita el Centro Libertad.

Ni que decir tiene que por su contenido y por sus elevados propósitos se hace acreedora a nuestras simpatías.

Intuición.—Revista mensual de ideas,

sociología y crítica constructiva.—Cada número de esta excelente revista nos sorprende agradablemente con su mayor perfección tipográfica, más selecto material ideológico y mayor pulcritud y amenidad. *Intuición* llegará sin duda, pues se ve en los amigos que la redactan una voluntad indomable y un criterio amplio y bien definido, a ser la revista que hace tiempo está haciendo falta en el campo libertario, para la depuración de principios y para dar a las ideas una orientación sana y firme. No es tarea fácil ciertamente que en el país materialista por excelencia nazcan publicaciones como *Intuición*, y se sostengan contra la adversidad de su *clima moral*; han de sostenerla contados españoles, amigos entusiastas de un ideal sublime. Sin embargo, nuestra satisfacción es inmensa al ver que por esta vez se va camino de conseguir en *Intuición* una labor seria y digna. Que no le falte el apoyo necesario deseamos sinceramente, y a buen seguro que esta simpática revista dará óptimos frutos. Recojan los amigos de España la invitación nuestra de apoyar a *Intuición*. Su dirección es: P. O. Box, 216, Madison Square Station, New-York City (U. S. A.).

El Popular.—Otro periódico simpático por su valiente labor combativa, que nos visita semanalmente. Su campaña obrerista es de gran relieve en estos tiempos, y merece el aplauso leal de todo amante del progreso, pues no es tarea fácil mantener latente entre los obreros el entusiasmo por la unión, tan necesaria siempre. Se publica en Gandía (Valencia).

Sendas Nuevas.—Revista de educación.—Santa Fe (R. A.)—Muy bien informada y orientada con acierto, esta publicación llena cumplidamente su objetivo y representa en Sudamérica un valioso portavoz de la pedagogía y la cultura.

La eugénica y el problema social, por *André Lorulot*.—Agradecemos a la Editorial "Somo", de Barcelona, el envío de este bello y útil folleto, cuya lectura recomendamos a todos los que busquen en la letra impresa el deleite y la enseñanza.

Obrero Libre.—Brooklyn.—Periódico mensual, órgano oficial de la Unión Obrera Venezolana.

El Coya.—Córdoba, 497, Salta (R. A.)—

Es un periódico muy bien redactado y de simpático contenido que edita con acierto la Agrupación del mismo nombre. Reciban sus editores nuestra más cordial enhorabuena.

La Opinión. — Suplemento mensual de Arte y Letras.—Avellaneda (R. A.)—Muy notable este suplemento. Su presentación, esmeradísima. Su colaboración, selecta y variada. Su orientación, excelente. Una buena publicación, dicho en una palabra.

El Yunque. — Boletín de la Unión de Obreros Metalúrgicos.—Heliotropo, 8, Sevilla.

Aurora. — Revista mensual de Sociología, Ciencia e Arte.—Rua Cunha Espínheir, 131 A, Porto (Portugal). — Hemos recibido el número primero de esta revista que editan los camaradas de Porto. Su contenido, variado y selecto, le augura un éxito seguro. Éxito que nosotros le deseamos con toda sinceridad.

Crisol. — Revista de crítica.—Avenida Madero 70, Méjico.—Tenemos a la vista los números 9 y 10 de esta interesantísima publicación. El propósito de sus editores de hacer de ella una revista moderna que contribuya a definir y esclarecer la ideología de la revolución mejicana, es ya algo más que un propósito. El contenido de los números a que hacemos referencia en la presente nota da fe de ello y nos autoriza a suponer que no tardará mucho en ocupar el lugar que merece, por lo cumplidamente que llena su rol. Reciban sus redactores y editores el homenaje de nuestra simpatía.

Cultura Venezolana. — Revista mensual.—Apartado de Correos 293, Caracas.—Las ciento cincuenta páginas de esta publicación ofrecen el interés siempre creciente de una colaboración selecta que abarca desde el ensayo filosófico hasta el poema de factura modernista, pasando por todos los matices de la cultura y el arte. Los números 95 y 96 que últimamente hemos recibido, significan un verdadero derroche de interés, amenidad y buen gusto.

La Sierra. — Órgano de la Juventud Renovadora Andina.—Apartado 10, Lima (Perú). — Una notable aportación a la cultura es en esencia esta revista. Además, informa sus páginas un noble anhelo de superación y libertad, que nos la hacen sumamente simpática.

Vivre Integralement. — Continúa esta notabilísima revista su labor cultural, superándose a sí misma en cada número. El correspondiente a noviembre, último que hemos recibido, nos agrada, si cabe, más que los anteriores, tanto por su texto como por sus interesantes fotos.

Vizcaya Automóvil. — Órgano oficial de la Unión Profesional de Obreros del Volante.—Torre, 10, 2.º, Bilbao.

Índice. — Mensuario de Cultura.—Apartado 222, San Juan de Puerto Rico.—De modesta presentación, pero de hondo contenido es esta revista portorriqueña. El número 6, dedicado casi en su totalidad a la conmemoración del humorista Nemesio R. Canale, es de un mérito señalado y de un valor cultural innegable.

Aunque la tendencia de esta publicación es historicista, no por eso deja de ocuparse de arte, literatura, ciencia y filosofía. Y lo hace con notable acierto. A nuestro juicio, es una revista sobria, bien inspirada y bien orientada, que está llamada a ocupar un lugar distinguido entre las publicaciones similares.

Tarjetas Postales de "Estudios"

Se han puesto ya a la venta las colecciones siguientes:

SERIE I.—*Kant, Rabindranat Tagore, Goya, Bakunin, Miguel Angel, Beethoven, Gutenberg, Fourier, Colón, Dostoyewski, Larra y Pestalozzi.*

SERIE II.—*Voltaire, Shakespeare, Leonardo de Vinci, Eliseo Reclus, Alonso Cano, Mozart, Alejandro Volta, Roberto Owen, Galileo, Zola, George Brandes y Francisco Giner de los Ríos.*

SERIE III.—*Kierkegaard, Schiller, Velázquez, Kropotkin, Benvenuto Cellini, Albéniz, Marconi, Fernando Lasalle, Horacio Wells, Tolstoi, Antón Chejov y Ellen Key.*

SERIE IV.—*Guyau, Goethe, Zurbarán, Luisa Michel, Rodin, Rimski Korsakoff, Branly, Saint Simón, Einstein, Balzac, Angel Ganivet y Clapérede.*

SERIE V.—*Rousseau, Heine, Rembrandt, Otto de Guericke, Pasteur, Isadora Duncan, Wagner, William Morris, Salvochea, Linneo, Thomas Munzen y Cervantes.*

SERIE VI.—*Carlos Spittler, Proudhon, Carlos Pissacane, Gabriela Mistral, Rafael, Panait Istrati, Schumann, William James, Berthelot, Esteban Grey, Quevedo y J. M. Fabre.*

SERIE VII.—*Lope de Vega, Tiziano, Ludmila Pitoeff, Stravinski, Descartes, Justus Liebig, Harvey, Romain Rolland, Darwin, Miguel Servet, Desmoulin y Andreiev.*

SERIE VIII.—*Bécquer, Rubens, Alberto Durero, Chopin, Raimundo Lullio, Raspail, Galvani, Ch. Louis Philippe, Mendel, Luis Blanc, Theroigne de Mericourt y Stendhal.*

Cada serie de 12 tarjetas se vende a 1'50 ptas.

No se venden tarjetas sueltas.

A corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 25 por 100 de descuento.

SELECCIÓN LITERARIA

La Novela Mensual de ESTUDIOS**El Pueblo de la Virgen Brava**

(Novela)

Por Higinio Noja Ruiz

Hermosa mañana del florido mayo.

Los campos —paleta gigantesca de pintor impresionista— ofrecen una verdadera orgía de matices. La brisa los peina y ondula suavemente, y el sol, sacudiendo su ígnea cabellera de oro rutilante, arranca a las diminutas esferas de rocío, cegadores centelleos, magníficas irisaciones. Pícan y revolotean los pájaros. Palpitan inquietas mariposas en el aire balsámico. Se dejan besar las flores, abriendo sus brillantes corolas, por el divino Apolo. Bordonean los insectos deambulando de flor en flor. Todo vibra, renace, se hermosea, se viste de esplendores.

Al extremo norte del risueño valle, recorta su enérgico perfil el Almaguer, soberbia montaña cuyas crestas cimera dora en estos momentos el sol. Sus laderas vestidas de arbustos, monte bajo y hierbas aromáticas, son una delicia. Vistas desde el valle ofrecen una asombrosa perspectiva. Todos los matices del verde se combinan en ellas, salpicados, o mejor dicho, bordados, por la gama infinita de las flores silvestres.

Bellavista, un pueblo limpio y blanco como un copo de nieve, se destaca en el tapiz verdinegro de la ladera cual mariposa alba sobre una corola de pétalos de esmeralda. Es un pueblo chiquito, perdido entre el follaje, que diríase fué creado para hilar en él cándidos idilios pastoriles.

En este pueblo vivió en un tiempo Eloísa, *la virgen brava*, como la nombraban con veneración en el país.

Era una flor, la moza. Esbelta, flexible cual caña de bambú, blanca y pura como un lirio del valle.

Nadie la vió triste ni una sola vez antes de consumarse la tragedia. Era feliz como un pájaro libre. Y, también, como el pájaro, alegre, inquieta y trinadora. Su vida fué un arpegio, hasta el día que la cubrió con su peplo el hado adverso. Cuentan que el timbre de su voz era melódico como un gorjeo. Sus andares, rítmicos cual los de una gentil bayadera. El armónico movimiento de sus brazos, batir de alas. Su cuerpo todo, una canción plástica de vida.

Era buena, comprensiva, afable y absolutamente pura. Por su tersa frente no debió pasar jamás ni un pensamiento inconfesable. Y era, además, tan sensible, que parecía una sensitiva de carne y hueso. La menor impresión la afectaba profundamente. Lo amaba todo y a eso debe atribuirse que todo la produjera dolor. Bastábale contemplar un pajarito prisionero, una flor tronchada, un nene afligido, para que se le oprimiera dolorosamente el corazón.

Estaba enamorada de la primavera. Si en su mano hubiera estado habría convertido en apuesto galán a la gaja diosa y a él hubiese ofrendado su corazón y los encantos ocultos de su cuerpo inmaculado. La complacía pensar que los hijos de tal unión nacidos, serían bellos como la alborada, hermosos y alegres como un rayo de sol.

Todas las mañanas, particularmente en primavera, apenas se teñían de rosa los ventanales de Oriente, la bella joven abandonaba su casita, y, fresca y tentadora cual rosa de abril, salía al cam-

po a recibir el día. Unía su canto al trino de las aves, y la esplendorosa luminosidad de su sonrisa a la serena majestad del valle vestido de gala. Un supremo gozo la poseía. Con las mejillas arreboladas, brillantes las pupilas, sus cánticos ingenuos que *ella misma se sacaba de la cabeza* y sus gráciles andares, parecía un hada de los bosques, o la Poesía paseando su esplendor por un Parnaso alfombrado de flores.

Conocía todos los rumores de los campos. Conversaba con los pajarillos. Sonreía a las plantas floridas. Tiraba besos con las yemitas sonrosadas de sus dedos a los mansos arroyuelos. Ofrecíase toda ella a las refrescantes y multiplicadas caricias de los traviesos cefirillos matinales. Después de esta fiesta eucarística con la Naturaleza, tornaba a casa ennoblecida, sublimada y cantando quedamente. Se sentaba ante la máquina y pedaleaba aprisa, cosiendo y cantando, para ganarse el sustento y ayudar a los padres a tirar de la pesada carreta de la vida.

¡Oh! Era un tesoro, un verdadero tesoro, la bellísima virgen brava.



En el modesto hogar de Eloísa, no reinó nunca la abundancia. Algunas veces, en las temporadas de paro forzoso, faltaba el pan. Lo que era difícil que faltara era la alegría, una alegría sana que negaba el contenido expresivo del conocido adagio, *adonde no hay harina todo es moñina*.

Sus padres, trabajadores del campo, carecían de ambiciones. Con que no les faltara el trabajo se consideraban felices. Honrados a carta cabal, con un concepto bárbaro de la honradez, mientras no tuvieran una falta de que sonrojarse, la salud no les volviera la espalda y en el cajón de la mesa hubiera un mendrugo de pan ganado honestamente con el sudor de la frente, sabrían poner al mal tiempo buena cara y vivir con la sonrisa en los labios, sin acibararse el alma con quiméricos ensueños de grandeza.

No fueron pobres en hijos.

Como se acostaban pronto en invierno para entrar en calor y economizar combustible y luz, no tenían nada que hacer y hacían hijos. ¡Qué remedio! Ellos vienen y es necesario aceptarles de buen grado y amarles y llenarles la andorga, que al fin y al cabo, hijos son de nuestra carne y de nuestra sangre. Claro que hubieran tirado más holgadamente sin tantas bocas, pero no sabían cómo hacer para limitar la procreación, y se resignaban. Así, cada dos años se enriquecía la familia con un nuevo vástago, y en la misma proporción se reducía la ración diaria. En diecinueve años habían tenido nueve hijos y todos vivían; los indinos se agarraban a la vida como la perla a la concha. Eloísa era la mayor.

En el pueblo se les quería por su laboriosidad, probidad y *bonhomía*.

El tío Bastián y la tía Rosa, que así se llamaban los padres de Eloísa, sentíanse complacidos y orgullosos del buen concepto que merecían a sus convecinos. Creían justo tal concepto, pero no les envanecía ni les hacía olvidar, ni por un momento siquiera, la observancia de una regla de conducta ejemplar dentro de los moldes de una rectitud sencilla cuyas reglas les dictaba la nobleza de su espíritu.

Amaban a sus críos con verdadero apasionamiento, especialmente a Eloísa, que representaba para ellos el alfa y omega de todas las perfecciones. No por eso dejaban pasar en silencio sus pecadillos. No eran tiranos y comprendían que el niño no puede sujetarse a las mismas normas de vida de los mayores. Ellos deben vivir su vida sin sentirse estorbados ni coaccionados por los adultos, pues sólo de esa manera se desarrolla la personalidad y se robustece el carácter del futuro hombre, mas no por eso dejaban de darles oportunamente una explicación o un consejo o una reprimenda, según los casos. Que fueran libres, sí, pero que fueran también buenos.

El método debía ser aceptable, ya que los hijos de esta pareja, si bien eran traviesos como diablos, se distinguían por su nobleza y buen sentido.

De Eloísa habían hecho una obra maestra. Mucho era su garbo y gentileza, pero mayores eran los méritos de su alma.

No poseía una instrucción esmerada, mas su talento natural era grande y la rectitud de su espíritu no iba en zaga a su talento. Activa, animosa, fuerte, trabajaba desde la mañana a la noche, cosiendo o bordando, pues tenía muy buenas manos, y siempre se la encontraba sonriente, feliz, optimista, sin un solo torcedor de conciencia.

Vestía de ordinario trajecitos claros de percal, tan limpios y de corte tan airoso, que parecían la veste vaporosa de una diosa pagana.

Cuando pasaba por las calles con su andar gracioso, todos se asomaban para verla pasar y la sonreían como se sonríe en un día feliz al resplandor suave de la naciente aurora. Ella pasaba sonriendo y saludando, derrochando simpatías y dejando en el ambiente effluvios de amor.

A las galanterías callejeras, solía responder con un adorable mohín que realizaba la belleza de su rostro encantador. Ni los más osados se atrevían a deslizarle al oído frases groseras. La respetaban, y el píropo a ella dedicado era siempre una flor, que hasta a los más groseros galanteadores inspiraba su presencia un madrigal.

No es extraño que sus progenitores la quisieran más que a las niñas de sus ojos y que el pueblo la adorara y viera en ella un chispazo de la divinidad...



El cacicato político de Bellavista, estaba desde tiempo Inmemorial en manos de los Albaranes, grandes terratenientes de esos que, según el vulgo, palean las onzas de oro y que en gracias a sus riquezas tienen poder y son los amos de una comarca.

No hay nada más inmoral que la existencia de estas grandes fortunas. El capitalista es un producto de nuestra organización social, que tiene la propiedad de envenenarlo todo. Y de falsearlo. Un rico, por el solo hecho de serlo, está fuera de la ley común. Puede atreverse a todo con absoluta impunidad. El puede comprarlo todo, hasta una patente de honradez. Con sus talegas bien repletas, puede alterar, si le conviene, el equilibrio de la sociedad. Un rico se lo puede permitir todo, hasta la virtud. Cuanto existe le está supeditado. Tiene las llaves de la despensa en las manos y no hay quien no le sonría servilmente. Así, mientras el capitalismo impere, es de una ingenuidad insuperable esperar que prospere sobre el haz de la tierra lo que a éste no convenga.

Los Albaranes eran en Bellavista la más genuína representación del capitalismo y ejercían el cacicato por derecho propio. Las cuatro quintas partes del término municipal del pueblo, eran de su propiedad exclusiva, y poseían, además, en la región, leguas y leguas de olivares, extensos bosques de pinos, encinas y alcornoques, y numerosos cortijos y pagos de viñas.

No se distinguían por su cultura; al contrario, padecían de una cerrazón mental incurable, pero esto nadie se lo tenía en cuenta. En el sentir de la mayoría, para nada necesitaban el saber siendo amos de tan cuantiosa hacienda.

En Bellavista hacían y deshacían como señores absolutos, mas nadie les quería mal. Eran lo suficiente avisados para aparentar una campechanía llanota que agradaba a los paletos y sólo asentaban seriamente la mano cuando en épocas de elecciones se desmandaba algún ciudadano.

En la época a que se refiere este relato, el Albarán que imperaba sólo había podido lograr un hijo, Pablito, que era una bala perdida. Las calaveradas del futuro cacique, no tenían cuento. Pervertido, cínico, niño mimado y con la mano pronta a gastar con largueza el dinero, no había desafuero que no consumara, ni barrabasada a la que no diera feliz remate.

Presumía de elegante y lo era como puede serlo un paquidermo o un nuevo rico.

Rijoso como un mono, se conducía con las chicas del pueblo como un gallo en gallinero propio. Moza que le petara, moza que hacía suya aunque hubiera de pasar por encima de medio mundo y alfombrar el otro medio con billetes de Banco. Después, a la interfecta, o se la casaba con algún gañán o se la empujaba al lupanar en cuanto sus encantos físicos no decían nada a Pablito. Y deseguida, a otra.

El señorito llegó a creerse irresistible. No había mujer en el pueblo, ni soltera ni casada, que

osara negarle sus favores. Bastaba que él se dignara solicitarlos para ser complacido al punto sin escrúpulos ni titubeos.

Debemos decir que esto restaba intensidad a sus placeres y mérito a sus conquistas. El, harto de triunfos fáciles, ansiaba hallar resistencia, tener que porfiar y luchar, ser realmente vencedor tras un asedio reñidísimo durante el cual la plaza sitiada le hiciera sufrir todas las angustias, todos los enardecimientos y todas las inquietudes del combate.

Un día, paseando por el hermoso valle que como un tapiz maravilloso se extiende a los pies del pueblo, vió a Eloísa. Muchas veces la había tropezado en las calles del pueblo, mas nunca apreció como en aquella ocasión la sorprendente belleza de la moza.

—¡Adiós, preciosidad! —exclamó con el acento del que concede una merced.

Eloísa no respondió. Ruborizóse hasta la raíz del pelo y siguió su camino extrañamente turbada.

Otro día halláronse, también casualmente, en las calles del pueblo, y el mozo tornó a piroparla sin que ella levantara la vista ni pareciera darse cuenta de su presencia.

La indiferencia esquiva de la muchacha llamó la atención de Pablito tanto como su belleza.

—Y es bonita como una perla —se dijo—. Es preciso que nos veamos las caras. Antes de un mes será mía.

Y comenzó el asedio.

Adonde quiera que iba Eloísa, allí encontraba a Pablito Albarán. Por todas partes la seguía el mozo como la sombra al cuerpo, dirigiéndole piropos desvergonzados y procaces que la encendían en indignación y en rubores.

Ella procuraba no darse por aludida, mantenerse serena y ecuánime, pero el aire de conquistador irresistible del cínico galanteador la sacaba de quicio. Bien veía que el señorito se divertía a su costa y pretendía hacer de ella lo que de tantas otras desgraciadas: un instrumento de placer que se desecha con desdén una vez el placer logrado. Nada alcanzaría. Era ella lo bastante altiva para no someterse a los deseos de un galán que confiaba en el poder fascinador del oro para violar el alcázar sagrado de su pureza. Enamorada, quizás no dudara en entregarse, pero nunca daría por dinero lo que sólo por ley de amor debe darse.

Una tarde, plantósele delante Pablito y la dijo con acento en el cual había tanto de la súplica como del mandato:

—Tenemos que hablar, guapa.

—Yo no tengo nada que decir a usted —replicó con viveza Eloísa.

—Pero yo a ti, sí. Yo tengo que decirte que te quiero.

—Bueno. Pues ya que me lo ha dicho usted, déjeme libre el paso.

—¿Es que no tienes nada que responder a eso?

—Nada.

—Esquiva eres.

—¡Qué le hemos de hacer! La condición de la persona no se compra.

—Pero se modifica, ¡retepreciosa!

—Pues debe usted empezar por modificarse, no siendo tan pesado.

—Lo siento, pero no podré seguir tu consejo hasta que me digas con toda tu alma: ¡te quiero!

—Es lástima, porque en ese caso se irá usted al otro barrio sin haberse modificado.

—¿Por qué?

—Porque yo no sé mentir y no podré decirle nunca esa palabrita.

—¿Quieres decir que no me querrás unas miasas?

—Así parece.

—Pues mira tú lo que son las cosas. Yo sé que me vas a querer más que a tu vida.

—Mucho saber es, pero... despeje, que llevo prisa.

Pablito Albarán la dejó pasar diciendo un tanto despechado:

—¡Anda con Dios, orgullosa! Volveré a buscarte y hablaremos más despacio. Hay más días que ollas.

Sin responder una palabra alejóse Eloísa taconeando gentil y garbosa.

En esta ocasión no pasó más. Pero la escena se repitió con tanta frecuencia que pronto fué la preocupación del pueblo. El señorito había perdido la cabeza y andaba a calzón quitado tras la moza. Dió de lado a todos sus amoríos actuales para dedicarse exclusivamente a vencer la esquivez de Eloísa. Gastó el dinero locamente pagando tercerías y celestineos. Rogó, mandó, amenazó, todo en vano. La joven no se daba a partido. Ni siquiera una vez la vió flaquear, aunque él hiciera comprender lo contrario para dejar bien parada su fama de galanteador afortunado.

El tío Bastián, inquieto por las hablillas del pueblo, aconsejó a su hija:

—Pobres, pero honrados, Eloísa. Los señoritos no buscan sus esposas entre los pobretones cual nosotros. Acá sólo buscan placer y pasatiempo. Oyeme bien. Para mujer legítima de Pablito Albarán, eres demasiado humilde, y para querida, demasiado biennacida. Quiero primero verte muerta que deshonrada por él. La mujer que por amor sacrifica su honestidad, recato y buen nombre, es una desgraciada que merece perdón, pero la que se vende es una pérdida despreciable. ¿Me entiendes?

—Sí, padre mío.

—Pues ya hemos hablado bastante.

—Es que yo no le hago cara; es él quien me importuna.

—Guárdate y nada sucederá. De tu honra debes ser tú la guardiana. Yo, sólo puedo ser el vengador.

—Sabré guardarme.

—Bendígate Dios, entonces.



Y supo guardarse la moza.

Pablito Albarán había encontrado, al fin, lo que andaba buscando: una virtud sólida que a sí propia se defendiera.

Sí. Eso deseaba él. Una victoria obtenida a poca costa, le hubiera disgustado. Le placía más la resistencia. Las mujeres que hasta entonces había poseído, no le habían satisfecho. Eran todas iguales. Lo único que las diferenciaba era el precio en que tasaron la concesión de sus encantos. Aquello era el amor con taxi, a tanto la hora y con propina. Y, naturalmente, no podía satisfacerle en gran manera.

Lo de Eloísa era bien diferente. Esta era insensible a todas las seducciones. Tenía la evidencia el mozo de que si la ofreciera a cambio de un beso un monte de oro, lo rechazaría impávida, con el mismo gesto de frío desdén que escuchaba sus galanteos. Y, ¡si no fuera tan guapa...! Porque lo cierto era que no había en Bellavista mujer que pudiera comparársele. ¡Oh! ¡Tan bonita, tan bien formada, tan estupendamente hermosa y tan honrada...! Era para enloquecer. El que podía mercar con su dinero media España, no podía comprar a aquella zagala una noche de amor. ¿Para qué servía, entonces, el dinero?

Esto le traía desesperado.

El había anhelado que la moza se resistiera, pero no tanto. Una defensa tan tenaz y obstinada, le desconcertaba y ponía fuera de sí. Aquello pasaba de la raya. No había derecho a haerle pasar a él, al amo del pueblo, tales dudas. ¿Y quién se las hacía pasar? Una cualquiera, una muerta de hambre a la cual podía obligar a besarle los pies... Que no le exasperara mucho, porque entonces...

No se atrevía, sin embargo, a recurrir a la violencia. Aunque no era un lince, ni muchísimo menos, veía en Eloísa algo que le intimidaba y le infundía respeto. No era como las demás aquella moza, no. Quizá sería más cuerdo renunciar a ella, darse por vencido. Pero eso no era posible. De tanto desearla llegó a amarla primero y a odiarla furiosamente después. Hubiera querido poseerla para humillarla, para arrastrar su nombre por el fango, para convertirla en un guiñapo. La deseaba con todas las potencias de su ser, mas tanto como estrecharla en sus brazos y devorarla a besos,

anhelaba humillar su altivez, bajarle los humos, hacer añicos su irritante sentido del honor. ¡La muy estúpida! ¡Pensar en ser honrada no teniendo una miserable peseta...! ¡Como si fuera posible la honradez a la mujer pobre, guapa y joven...!

Pero, a pesar de todo, la plaza no se rendía. Ya podía el hijo del cacique inventar tretas, poner en juego iniciativas y multiplicar los asaltos, que todo ello resultaba tiempo perdido. La chica del tío Bastián se mantenía inmovible.

Un día, antes de que en el alma extraviada de Pablito adquiriera predominio sobre todo otro anhelo el deseo de la venganza, entablóse entre ellos el siguiente coloquio:

—Yo te quiero, Eloísa—la dijo él devorándola con una mirada llameante.

—No es verdad—replicó calmosa ella—. Aquí no se trata de cariño, sino de deseos. Yo le he gustado a usted y usted desea pasar el rato. Sólo que yo no sirvo para pasatiempo.

—Repito que te quiero. Por ti lo haría yo todo.

—Todo, menos casarse.

—Eso no puede ser ahora.

—Ni ahora ni nunca.

—¡Si tú me quisieras...!

—Afortunadamente, no le quiero.

—Pues me has de querer.

—¿Por qué? ¿Porque usted lo manda?

—No. Porque haré lo que sea preciso para inspirarte el mismo amor que tú me inspiras.

—Pues es preciso convenir que no ha elegido usted el mejor camino. Continuamente está usted importunándome. Con una desconsideración que desconcierta, me asedia con sus galanteos y me envía mujeres de triste reputación con la consigna de que minen mi voluntad y me predispongan en favor de sus deshonestas proposiciones. No, Pablito. Usted no me quiere. Cuando un hombre ama a una mujer, harto se me alcanza que no recurre a los medios que usted pone en juego. A usted le mueve una ilusión pasajera, una pasión de poco momento que se extinguirá apenas realizados los deseos que la inspiraron, y yo no debo sacrificar mi vida en aras de un sentimiento de tan poca monta. Yo me dirijo sin acritud a su nobleza para que desista de esta persecución insensata. ¿Para qué obstinarse? ¿Cree usted que logrará algo? Amargará usted su existencia y la mía sin conseguir nada, porque yo soy honrada y no soy débil y no estoy dispuesta a hacer lo que sólo haré voluntariamente con el hombre que mi corazón elija.

—¿Y si yo te jurara que deseo hacerte mi esposa?

—Aunque yo fuera tan cándida que fiara en sus juramentos, no adelantábamos gran cosa, ya que mi dignidad no me permite aceptar por esposo a un hombre al que no amo.

—Es decir, que ni como esposo me quieres.

—Al presente, no.

Pablito hizo un gesto de impaciencia y enojo, y ella añadió:

—¡No sea usted así, Pablito! Repare que muy pocas mujeres de tan modesto linaje como yo, dejarían de perder la cabeza ante la perspectiva de ser la legítima esposa de usted. Aceptarían alborozadas aunque les fuera usted absolutamente insoportable. Yo, no. Yo no le acepto porque no soy una mercancía que se vende. Si amara la riqueza hasta el punto de casarme con usted sin amor, ¿qué me impediría venderme a buen precio por una temporada? Y si amara a usted como se debe amar al esposo, con olvido de sí misma, ¿qué me importaría entregarme a usted gratuitamente y sin garantías?

Perplejo el mozo, murmuró:

—Que me empalen si te comprendo.

—Ya sé que mi lenguaje y mis ideas le resultarán un poco extraños. Todo ello quiere decir que no soy de las mujeres que otorgan sin amor sus complacencias. Mejor que usted comprendo el valor del dinero, pero por obtenerlo no estoy dispuesta a pignorar ni la parte más insignificante de mi dignidad.

—Luego, no es por honradez, sino por desamor por lo que me rechazas.

—Lo uno es consecuencia de lo otro.

—¿Y no puedo esperar que me ames alguna vez?

—Nadie es capaz de leer en lo porvenir.

—Puedo interpretar eso como una promesa?

—No. En este orden de cosas ninguna mujer que se respete puede prometer nada. Lo lógico, después de lo que hemos hablado, es que desista usted de sus pretensiones y quedemos buenos amigos. No a otro móvil obedece mi franqueza.

—¡Desistir! Eso se dice muy pronto. Franqueza por franqueza, te confieso que cuanto más alta y más imposible te veo, más me acucia el deseo de hacerte mía. Desistir no es posible. Eres la única mujer que me ha robado el sosiego y el sueño, porque eres la única que me ha ofrecido una resistencia seria. Seré un insensato, un loco, un malvado, lo que tú quieras, pero esto sólo puede tener un fin: que seas mía. Y lo serás. No sé cómo, pero lo serás. Imagina lo más grande y lo más pequeño, lo más vil y lo más sublime. Pues todo eso, ¡todo!, estoy dispuesto a consumarlo por lograr mi anhelo. Esperar que desista es tanto como esperar que el rayo se detenga en mitad de su trayectoria y que en el fragor de la tempestad no tenga oleaje el Océano.

Hubo una pausa penosa.

Eloísa comprendía bien que Pablito no hablaba por hablar. Nada le detendría, de seguro; mas si él era la ola ella sería el escollo. No acertaba a comprender cuál sería el resultado de aquella lucha; pero entreveía que ella no cedería jamás, y que sin un verdadero milagro, ambos adversarios quedarían destrozados en la liza. Sin embargo, antes de quedar enemigos declarados, quiso tentar un postrer recurso y dijo:

—No le creo, Pablito. Si me ama usted, como dice, ese amor le impedirá ser cruel conmigo.

—Es que te odio de tanto como te amo. En el infierno de mis días, te adoro por tu altivez y entereza, y te detesto por lo mismo que te amo. Momentos hay que no ansío el placer de poseerte por la posesión misma, sino por martirizarte, por gozar satánicamente viéndote padecer.

—¡Oh! ¡Es usted un monstruo!—exclamó horrorizada ella.

—Soy lo que tus desdenes han hecho de mí. ¡Figúrate si podrás esperar compasión!

—Yo no la solicito ni la quiero. La lucha no me espanta. Lucharemos y, ¡ojalá quedemos los dos indemnes! Lo único que me conforta y consuela es que he hecho de mi parte cuanto me ha sido posible para evitarla. Caiga sobre su conciencia la responsabilidad de lo que ocurra.

—¡Que caiga! Fuera de poseerte, todo me importa nada.

—¡Insensato! ¿Crees que las mujeres de mi temple caen mientras haya un medio de acabar con la propia vida?

Tanta altivez puso en esta frase la joven, que Pablito, estupefacto, calló un momento. Después dijo:

—¡Bah! ¡No me importa! Muerta o mía, me es igual.

Y encogiéndose de hombros, le volvió la espalda y se alejó con la cabeza baja, sin mirar ni una sola vez atrás.

Eloísa, clavada en el suelo como si hubiera echado raíces, le vió desaparecer y exclamó en voz baja, aunque con fiera energía:

—¡Te aseguro que no me verás ni muerta ni tuya!

Y con enérgico taconeó se encaminó a su casa.

••

Pablito Albarán no podía digerir su fracaso. No comprendía que una mujer pudiera rechazarle, ni mucho menos desafiar su cólera. Si no hubiera estado tan cegado por la pasión insensata que le inspiró, más que con su belleza con sus desdenes, la hija del tío Bastián, quizá hubiese pensado en serio en hacer de la altiva joven la compañera de toda su vida; pero él era incapaz de apreciar imparcialmente y en su justo valor el mérito moral de Eloísa, y su amor propio

ofendido sólo alcanzaba a ver que la joven le despreciaba y humillaba. De ahí que no se resignara ni estuviera dispuesto a proceder con rectitud.

No había escape. Debía renunciar a aquella conquista, no pensar más en ella, a menos que se atreviera a dar el escándalo de raptarla y secuestrarla, para lo cual carecía de arrestos.

Mas renunciar así, sin más ni más, le resultaba muy amargo. La deseaba hasta el delirio. No podía arrancar de su imaginación sobreexcitada la bella imagen de la moza. Por doquier la veía estampada seductoramente hermosa y tan atractiva como el pecado. Habría dado incluso la vida por un solo minuto de amor. Si ella le hubiere ofrendado nada más que una sonrisa cariñosa, se habría considerado el más feliz de los mortales. Por un beso de su boca de correcto dibujo, toda la sangre de sus venas le parecería ruín precio. Por un abrazo completo, por el divino instante de la posesión, no hubiera vacilado en condenarse por toda una eternidad a las voraces llamas del infierno.

No. Renunciar a ella no podía. Era eso tan imposible como lo es conservar la vida privándose del aire respirable. Eloísa ocupaba ya demasiado espacio en su existencia. Se había adentrado en su alma y en ella erigióse un trono desde el cual imperaba con omnímoda soberanía. Para expulsarla necesario era hacerla suya, profanar su cuerpo, convertirla en una mujer despreciable, en la más vil de las pérdidas. Difícil empresa. ¿Cómo lograr nada de una mujer que ni le amaba, ni le temía, ni la deslumbraban el lujo y la riqueza?

Y Pablito se desesperaba, se mesaba los cabellos, concebía y desechaba simultáneamente los planes más disparatados y absurdos.

Totalmente encalabrinado, dominado por la pasión que le devoraba, rondaba en torno de la muchacha como la mariposa alrededor de la luz. No tenía apetito, apenas dormía y se consumía a ojos vista.

Nada de esto conmovía a la esquiva. Ni siquiera parecía reparar en el cambio que se operaba en el mozo. Ella hacía su vida ordinaria. Serena como siempre y como siempre alegre, iba a sus quehaceres sin que ni una sola vez le hiciera el regalo de una mirada. El no existía para ella. Tan completamente le había expulsado de su existencia, que era lo mismo que si hubiera muerto.

Pablito llegó a pensar en el suicidio. Si no lograba vencer la esquivez de la muchacha, ¿para qué quería vivir? La vida sin ella érale insoportable. Nada le proporcionaba placer, y ni siquiera podía soportarse a sí mismo. No se conocía. Ni sombra era de lo que había sido. El mocito alegre, fachendoso y jaranero que fué siempre, no era ya más que un recuerdo triste y confuso. Ni le agradaban las buenas mozas, ni le entusiasmaba la caza, ejercicio a que era muy aficionado, ni le seducían las peripecias del juego. Para él sólo existía una cosa en el mundo: Eloísa. Ella lo llenaba todo. Se la imaginaba de mil maneras distintas, pero lo más frecuente era verla avanzar hacia él, meterle la mano en el pecho y arrancarle el corazón, que exprimía cual si fuera un esponja, y después quemaba a fuego lento en la oscilante llama de una antorcha.

A pesar de todo, y por más que le doliera, debía renunciar a ella. A la fuerza, pues no hallaba medio humano de reducirla.

Pero, ¡cal! No renunciaría. ¡Estaría bueno que Pablito Albarán retrocediera ante una jovenzuela que había hecho cuestión de amor propio no complacerle! ¿Quién era ella? Nadie. ¿Quién era él? Todo. En Bellavista era el amo. Podía condenar a ella y a su familia a morir de hambre. Podía hacer que nadie les saludara, que les aplastaran bajo el peso del desprecio universal. Tan mansita la pondría, que vendría a él voluntariamente a pedirle humildemente que hiciera de ella lo que se le antojara a cambio de un pedazo de pan. Sí. Todo eso podía hacer. Mas, ¿y si a pesar de todo no venía? Bien podía suceder que se trasladaran a otro pueblo. El mundo es grande, y los pobres hallan medio de vivir con poco. En tal caso, nada habría conseguido.

¿Nada? No. Habría conseguido mucho. Se habría vengado cumplidamente de los desdenes de la niña. ¡Nada...! ¡Como si no fuera también la venganza un manjar agridulce que tiene mucho parentesco con el placer! Estaba visto que era un perfecto idiota no habiéndosele ocurrido antes tal idea. Ya vería la nena bonita si se podía jugar impunemente con un Albarán. Al menos aprendería por propia y dolorosa experiencia a conocer lo que cuesta mantenerse honrada con la barriga vacía.

Y comenzó para la familia del tío Bastián una época desesperante. Paulatinamente se les fueron cerrando todas las puertas. Nadie utilizaba sus servicios. Ni en las temporadas de más trabajo hallaban quien les diera ocupación. Eloísa, antes tan solicitada, no encontraba ni quien le proporcionara un pañuelo para orillar. Las gentes rehuían tratar con ellos. El espectro lívido del hambre hizo su aparición en el pobre hogar.

No cedió por esto la moza ni flaqueó siquiera. Vivían como podían. El tío Bastián, tan honradote y buena persona, empezó a granjearse los medios de subsistencia de un modo irregular. Cazaba furtivamente en los bosques de los Albaranes, y a veces hurtaba frutas, aceitunas, y hasta trigo. Mucho costaba a su hombría de bien emplear tales arbitrios; pero el hambre es mala consejera, y precipita al más pintado a los peores extremos.

Pablito, al tanto de todo, esperaba. Veía muy cercano su triunfo. Porque a la sazón no sólo contaba con la venganza, sino también con el logro de sus deseos. ¡Ah! ¿Conque el tío Bastián cazaba furtivamente y merodeaba? Bien. Muy bien. El hombre honrado a carta cabal no había sido lo suficiente fuerte para morir antes de abdicar de sus principios de honradez. Perfectamente. La hija también sucumbiría. En último término el padre sería el cebo. No quería apresurarse. Paciencia. Ahora el juego estaba en sus manos y la victoria era segura. En cuanto lo conceptuara oportuno haría encerrar al tío Bastián, y después la excarcelación del padre sería el precio del amor de la hija. ¡Oh! La cosa iba a pedir de boca. Bien se evidenciaba que en estas cuestiones no hay como proceder con energías.

Eloísa, por su parte, no las tenía todas consigo. Con frecuencia se la veía pensativa y apesadada. Bien veía ella de dónde soplabla el viento de la desgracia, y aun presentía mayores males; pero no pensaba someterse. Primero muerta. El señorito había creído que lograría por la fuerza lo que no obtuviera de buen grado; mas se equivocaba de mucho. Mientras las cosas no pasaran adelante, resistirían, y si pasaban... tiempo habría de pensar en lo que debería hacerse. Por ella no pasaban penas. Sabría crecerse al castigo, y su buen temple se centuplicaría en la lucha. Lo único que la desazonaba era la contemplación de los suyos, que sufrían las consecuencias de la entereza que ella deplegara en defensa de su virtud. Pero ¿qué hacer? ¿Capitular? ¡Oh! Eso nunca. En asuntos relativos a la dignidad, no hay capitulaciones honrosas. Había que resistir hasta el final y romperse antes que doblegarse. No había términos medios. Resistir, resistir siempre, pasase lo que pasara. Vale más reventar de hambre en un rincón que perder la estimación de sí mismo. Una muerte digna es mil veces preferible a una existencia ignominiosa y cobarde.

Así las cosas, una noche no tornó el tío Bastián de sus nocturnas correrías. Le habían atrapado cuando se dirigía a su casa con un saco de trigo a la espalda. El caso era gravísimo. Cogido con las manos en la masa, no tenía escapatoria. Sería procesado por ladrón y condenado en consecuencia. Era de un solo golpe la pérdida del padre y el deshonor de la familia. Eloísa creyó enloquecer. Su primer impulso fué acudir a Pablito Albarán y suplicarle tuviera piedad de su anciano padre. Ellos lo podían todo, y les era facilísimo detener la acción de la justicia y echar tierra al asunto. Dudó mucho antes de decidirse. Ir a suplicar al enemigo, era ofrecerse en holocausto. No. Que se hundiera todo. Antes que convertirse en la barragana de aquel malnacido, se levantaría la tapa de los sesos. Sí; pero ahora no se trataba de ella, sino de su pobre padre. Era preciso para salvarle darle todo, hasta lo que tanto anhelaba el hijo del cacique. En fin de cuentas, ¿qué? No sería la primera ni tampoco la última. Dejarse profanar por salvar al padre del presidio, más bien era mérito que deshonor. Sí. Iría. Se entregaría a él. Se sometería humilde y completamente a todas sus exigencias. ¿Qué podía hacer, si no, pobre de ella? Quizá él sería generoso, y conmovido por su acerbo dolor libertaría al padre sin aceptar la deshonor de la hija. ¡Quién sabe! No se debe desconfiar nunca totalmente de la bondad humana. Hasta el malvado más empedernido tiene una fibra sensible que vibra alguna vez, pulsada por un sentimiento de estirpe noble.

Y fué.

El mozo la recibió con toda consideración, como a una igual. La escuchó atentamente. Dió

pruebas de una emoción muy viva ante el dolor desesperado de la bella joven. Fingió no saber ni palabra de cuanto acontecía, y dijo:

—¡Bah! Consuélate, mujer. El señorito Pablo no es tan malo como tú te figuras, y está dispuesto a servirte con el alma y con la vida. ¿Qué deseas? ¿Que tu padre salga hoy mismo de la cárcel? Pues hágase tu voluntad. Antes de una hora estará en tu casa, y aquí no ha pasado nada. No te ocultaré que es un asunto delicado; pero ya encontraremos manera de arreglarlo. Basta que te hayas acordado de mí para que yo revuelva Roma con Santiago con tal de complacerte.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias! Dios se lo pague, señorito. Ya sabía yo que usted me atendería.

—¡Pues no faltaba más! Yo estoy siempre dispuesto a ser tu esclavo; tú lo sabes. Y eso que, a la verdad, no tengo motivos para serte tan adicto. Pero en fin, supongo que después de esto estarás más dispuesta a quererme unas miasas. ¡Oh! No mucho, no creas... Con una chispita así, me conformo.

Y mostraba, sonriendo con bonachonería, el negro de una uña no muy limpia.

Eloísa, sobrecogida de terror, balbució:

—Señorito...

—No me llames señorito, hazme el favor—interrumpió él—. Otras veces me has llamado Pablito, y así debes llamarme. Es más afectuoso.

—Pues bien, Pablito—concedió humilde ella con un hilillo de voz—, yo le juro a usted que mi gratitud será eterna, y mi adhesión hacia usted será mayor que la que pudiera ofrecerle una buena hermana.

Pablito se acercó vivamente a ella, la tomó una mano y dijo con exaltación:

—¡Oh! ¡Si vieras qué poco es eso para lo que mi alma ansía! Tú sabes que te amo, Eloísa, y que no puede satisfacer mis anhelos el cariño fraternal que me ofreces. Yo deseo algo más íntimo y sincero, ¡reina mía! Yo quiero que te apiades de mí, que veas cómo me han transformado tus desdenes, y que me ames un poquito, que calmes con la ambrosía de tus labios el ardor que me consume, que te mires en mis ojos y correspondas a mis caricias con el fuego de las tuyas.

Había oprimido con un brazo el tal'e de la joven y ya sus labios se aproximaban golosos a los de ella, cuando Eloísa se desprendió violentamente del estrecho abrazo, y dijo con frío desdén:

—Es demasiado. A ese precio no compraría ni la vida de todos los míos. Si en su pecho hay un resto de nobleza y quiere salvar de la desesperación a una familia que sufre por culpa de usted, hágalo en buen hora, sin esperar recompensa. Si es usted tan mezquino que pretende obtener la honra de la hija a cambio de la del padre, quédese usted con su mezquindad, que yo me quedaré con mi dolor y mi altivez.

—¡Ah! ¿Conque ni aun en estas circunstancias te doblegas?

—¡No!

—Pues bien. Veremos quién es más fuerte. Ya lo sabes: la libertad de tu padre y el bienestar de los tuyos dependen de ti. Tú decidirás.

Eloísa miró a la cara a Pablito con dura fijeza unos instantes. Después, sin despegar los labios, altiva y soberbia como una reina ofendida, abandonó la estancia.

La conferencia había durado más de una hora.

* * *

La prisión del tío Bastián fué durante algunos días la comidilla del pueblo.

Debe consignarse como detalle curioso que nadie afeaba el proceder del buen viejo, a pesar de la repugnancia y aversión que inspira al campesino el ladrón.

—Cuando se tiene hambre—decían—y una familia numerosa, y se le niegan a uno los medios honrados de ganarse el sustento, nada debe respetarse, porque el primer derecho del hombre es el de vivir, y sin comer no se vive.

Otra cosa era lo que soliviantaba los ánimos en Bellavista.

Se decía que Eloísa era la querida de Pablito, y que debido a esto sería libertado el tío Bastián de un momento a otro.

Al principio muy pocos creyeron en la veracidad de la noticia, pero ésta se difundió pronto y con tales visos de verosimilitud, que hasta los más escépticos concluyeron por darle crédito.

Naturalmente, la calumniosa especie salió de la casa del cacique, y fué Pablito el promotor de ella. Con una habilidad diabólica dióse trazas para que la servidumbre supusiera que la entrevista habida en su morada entre la joven y él no había sido otra cosa que una de tantas citas amorosas en la cual la guapa moza hízole el regalo de sus primicias. Y, como supuso muy bien el joven, la noticia no tardó en ser del dominio público, y hasta no faltó quien jurara y perjurara que había visto la cosa con sus propios ojos.

Eloísa, al conocer esta nueva infamia, perdió completamente la cabeza. ¡Deshonrada! Su padre preso, su familia hundida en la más espantosa miseria, y su buen nombre llevado y traído, arrastrado como un guñapo por los albañales de la calumnia. Deshonrada ella que, precisamente por defender su honra, lamentaba y soportaba tantos males. ¡Ah! Era demasiado. Su capacidad de resistencia estaba agotada. No podía más. La ola de la infamia subía, engrosaba, adquiría en su entorno proporciones gigantescas y amenazaba sepultarla en su hediondo lodo. ¿Cómo podría mantenerse a flote, limpia y pura, después de aquello?

Durante algunos días, vagó por las calles del pueblo, silenciosa y adolorida como un alma en pena. El menos avisado habría visto que la infeliz alimentaba en su cerebro un proyecto trágico.

Al fin, una mañana se la vió subir tranquilamente, con continente altivo, hacia la suntuosa casa del cacique y penetrar en ella con paso decidido y resuelto. Ya nadie dudó. La desgraciada había tirado la vergüenza a la calle y había perdido el pudor hasta el extremo de ir en pleno día y a cara descubierta a solazarse con el amante. ¡Oh tiempos, tiempos! Vivir para ver.

No causó poca extrañeza lo que acaeció aquella misma mañana.

Eloísa había tomado al salir de casa la navaja que para afeitarse usaba el tío Bastián, y ocultóselo en el casto seno. Estaba tranquila y serena como nunca. Hasta sonreía como cuando en sus buenos tiempos paseaba por el valle vestido con las vistosas galas primaverales.

Inmediatamente que preguntó por el señorito, la condujeron a su presencia. Este la recibió con la sonrisa en los labios y la invitó a sentarse con un gesto. Eloísa sentóse en el amplio diván y, a la muda interrogación de él, respondió:

—Sí. Vengo dispuesta a todo. Está visto que con usted no hay quien pueda. Hará usted de mí lo que quiera y después dará orden de libertar a mi padre. Ya no resisto. Casi estoy por creer que la firmeza de carácter de que ha dado usted pruebas me ha enamorado un poquito.

Estaba aparentemente tranquila y sonreía de un modo seductor, mas en el timbre de su voz, de ordinario melódico y dulce, había una inflexión metálica extraña.

Pablito, sin parar mientes en ello, se sentó a su lado. ¡Ah, la orgullosa! ¡Qué mansita venía! Ya sabía él que tantos dengues y remilgos vendrían a concluir en aquello. ¡Oh! ¡Las mujeres! ¿Quién las conoce? Cuando parece que os quieren sacar los ojos, es cuando están más dispuestas a transportaros en sus amorosos brazos al quinto cielo. ¡El diablo que las entienda!...

Sonriendo a su buena estrella que así le entregaba tan estupenda mujer tanto tiempo deseada, la tomó cariñosamente una mano y a su contacto se estremeció.

—¡Estás fría como una muerta!—exclamó.

—Sí. No hace calor hoy. El airecillo mañanero es fresco, pero no importa, ya conoces el dicho popular: *Manos frías, corazón caliente*.

—Es verdad—concedió él, y añadió—: Pero ¡mira que eres rara! Primero me haces pasar las de Caín, y ahora...

Su mano inquieta oprimió el talle de la moza, y sus labios buscaron su boca.

—Los tiempos cambian—dijo ella esquivando el beso—y las personas también.

La mano trémula de él acarició la pomposa curva de la cadera. Después, ascendió en caricia rápida y oprimió el globo elástico de un seno.

Eloísa, toda ruborosa, reclinó la cabeza sobre el pecho de Pablito y, como para facilitar sus

escarceos, desabrochóse el justillo y dejó entrever las dos palomitas blancas de rosado pico de sus pechos intocados e impolutos. El estaba ya demasiado excitado para observar que la joven había sacado la navaja y la ocultó entre sus vestidos.

Finalmente, cual si la excitaran las caricias brutales de él, deslizó ella su mano procurando acariciarle. Pronto Pablito, y sin que él mismo se diera exacta cuenta, se vió libre de obstáculos, cual si le hubiera despojado de su ropa una mano experta en tales menesteres.

Ciego, delirante, ebrio de lujuria, se arrojó sobre la joven. Mas cuando creía llegado el feliz momento de la plena posesión, sintió que una cosa fría le penetraba en la carne en la parte más íntima de su cuerpo, y exhaló un alarido penetrante. La navaja de la joven había verificado en él, con un corte rápido y hábil, la tremenda mutilación de Orígenes...

Cuando acudieron los criados, Eloísa, altiva y fría, mostraba en el suelo un guñapo sangui-nolento y repugnante, y murmuraba:

—No deshonrará ya a ninguna infeliz. No podrá... no podrá.

* * *

A partir de la fecha de este suceso, Bellavista, el pueblecito blanco y risueño que se recuesta indolente en las poéticas laderas del Almaguer, es conocido en el contorno con el sobrenombre de *El Pueblo de la Virgen Brava*.

FIN

- Bessedé.** - Lo que todos deberían saber (Iniciación sexual); 2 ptas.; tela, 3'50.
- Bocaccio.** - Los cien cuentos de Bocaccio; 4 tomos; 8 ptas.; tela, 14.
- Bloch, P. J.** - La sustancia universal, 3 ptas.
- Bolsche.** - Los continentes y los mares, 3 ptas.
- Buen, O. de.** - Las ciencias naturales en la época moderna; 5 tomos en tela, 17'50 ptas. - Nociones de Geografía física; tela, 3'50 ptas.
- Casadesús.** - ¿Quiere usted hablar y traducir inglés?, 4 ptas.; tela, 5.
- Cámara, E.** - Historia sintética de España y América española hasta su emancipación; 7 ptas.; tela, 10.
- Campoamor.** - Poesías escogidas; tela, 5 ptas. - Los pequeños poemas; 3 ptas.; tela, 4'50. - Doloras y Humoradas; 3 pesetas; tela, 4'50. - Poemas; 3 ptas.; tela, 4'50. - Poesías y Cantares; 3 ptas.; tela, 4'50.
- Cervantes.** - Don Quijote de la Mancha. (Edición monumental, en dos grandes volúmenes con láminas. En tela y planchas doradas, 50 pesetas.) - Don Quijote de la Mancha. (Edición Excelsior, con 745 grabados. En tela y planchas doradas, 20 pesetas.)
- Casañ, V. S.** - Conocimientos para la vida privada. Primera serie: La prostitución. - Secretos del lecho conyugal. - La virginidad. - Onanismo conyugal. - Los vicios solitarios. - La pederastía. - Fenómenos sexuales. - El matrimonio y el adulterio. - El amor lesbio. - Costumbres y vicios sexuales. Segunda serie: El embarazo. - El parto. - El aborto. - La esterilidad. - La impotencia. - Higiene del matrimonio. - La calipedia. - Monstruosidades humanas. - Enfermedades secretas. - Enfermedades de las mujeres. Cada título, 0'75. Los veinte títulos, encuadernados en cuatro tomos, en tela, 25 pesetas.
- Chatre, M.** - Historia de los Papas y de los Reyes. Cinco grandes tomos, ilustrados con láminas en colores, en tela, 75 pesetas.
- Ciervo, J.** - El arte y el vivir de Fortuny. (Biografía y estudio artístico, con 108 ilustraciones.) Tela, 15, ptas.
- Chardon.** - Floreal, 1'50 ptas
- Cruevilher.** - Higiene popular; 2 ptas.; tela, 3'50.
- Cantú, C.** - Historia Universal. Consta de 43 tomos, ilustrados con multitud de láminas y mapas en colores. Edición de lujo, 190 pesetas. Por tomos sueltos, 4'50 cada tomo, Edición corriente, en tela, 105 ptas. Por tomos sueltos, 3'50 cada tomo.
- Castelnuovo.** - Entre los muertos, 2'50 ptas.
- Dante.** - La Divina Comedia. (Con 79 láminas.) 7 pesetas; tela, 10.
- Darío, Rubén.** - Los raros. (Biografías de hombres célebres.) 3 ptas.; tela, 4'50. - La vida de Rubén Darío. (Escrita por él mismo.) 3 ptas.; tela, 4'50. - Cantos de vida y esperanza; 3 ptas.; tela, 4'50.
- Darwin.** - Origen de las especies; 3 tomos; tela, 10'50 ptas. - La expresión de las emociones; 2 tomos; tela, 7 ptas. - Mi viaje alrededor del mundo; 2 tomos; tela, 7 ptas.
- Delaisi.** - El petróleo. (La plutocracia yanki.) 4 ptas.
- Delcós.** - El contador universal, 1 pta.
- Dunois.** - El secretario universal; 2 ptas.; tela, 3'50.
- Debay.** - Venus fecunda y calipédica, 3 ptas.
- Edmund.** - El catecismo de la ciencia, 1'50.
- Enguerrand.** - Las razas humanas; 3 ptas.; tela, 4'50. - Nociones de las primeras edades de la humanidad; tela, 3 ptas.
- Estévez.** - Resumen de Historia de España; tela, 3 ptas.
- Espronceda.** - Obras poéticas; 3 ptas.; tela, 4'50.
- Eulate, C.** - La mujer en el arte; 6 ptas. - La mujer en la Historia; 6 ptas. - La mujer moderna; 6 ptas.; tela, 9.
- Fischer, A.** - La mujer médico del hogar. (Ilustrada con 448 grabados y 28 láminas en colores.) En tela, 50 ptas.
- Ferrer, F.** - La Escuela Moderna; 2 ptas.; tela, 3'50.
- Fola Igúrbide.** - Leyes del Universo; 4 tomos, 16 pesetas; tela, 24.
- Goethe.** - Fausto; tela, 5 ptas.
- Grave, J.** - Las aventuras de Nono; 2 ptas.; tela, 3'50. - Tierra Libre; 2 ptas.
- Gourmont.** - Física del amor; 3 ptas.; tela, 4'50.
- Heine, E.** - El libro de las cantares; tela, 5 ptas.
- Hugo, Víctor.** - Dramas. Tomo I: Hernani. - El rey se divierte. - Los burgraves. Tela, 5 ptas. Tomo II: Lucrecia Borgia. - María Tudor. - La esmeralda. - Ruy Blas. Tela, 5 ptas.
- J. Hire.** - El infierno del soldado, 1'50 ptas.
- Homero.** La Iliada; 2 tomos; tela, 7 ptas. - La Odisea; 2 tomos; tela 7 ptas.
- Istrati, C.** - Curso metódico de Química y Mineralogía. (Con 234 grabados.) 15 ptas.; tela, 20.
- Jaquinet.** - Compendio de Historia Universal; 3 tomos, 6 ptas.; tela, 10'50.
- Koheer.** - La calvicie. (Cómo se evita y cómo se cura.) 4 pesetas.
- Khune.** - La nueva ciencia de curar; tela, 15 ptas. - La expresión del rostro; tela, 20 ptas.
- Kropotkine.** - La Gran Revolución. (Con 653 ilustraciones.) Tela, 25 ptas.
- Lamartine.** - La Revolución Francesa; 3 tomos, 9 pesetas; tela, 12.
- Lara M.** - Primeros socorros que deben prestarse en toda clase de accidentes; 2 ptas.
- Leopold.** - Manual de Obstetricia. (Ilustrada.) Tela, 12 ptas.
- Leghan.** - Química biológica; 8 ptas.
- Letourneau.** - Psicología étnica; 4 tomos; tela, 12 ptas.
- Lluria, E.** - Evolución superorgánica; 2 ptas.
- Manaut, P.** - Higiene de la mujer; 2 ptas.
- Marestán.** - La educación sexual; 3'50 ptas.
- Malvert.** - Origen del Cristianismo; 2 ptas.
- Malato.** - Primer Manuscrito; tela, 3 ptas.
- Meyer.** - Léame usted y sabrá francés; 1 pta.; tela, 2 ptas.
- Mantegazza.** - Higiene del amor; 2 tomos, 4 ptas.; tela, 7. - Fisiología del placer; 2 tomos, 4 ptas.; tela, 7. - Los amores de los hombres; 2 tomos, 4 ptas.; tela, 7.
- Monlau, F.** - Higiene del matrimonio. (Ilustrada.) Tela, 7 pesetas.
- Martínez.** - Botiquín escolar; 0'75.
- Mas Tayeda.** - La revolución numérica; 15 ptas.
- Marcilla.** - El amor en verso; 1 pta. - Oratoria en verso. 1 pta.
- Méndez, N.** - José Martí. (Su vida y su obra.) 4 ptas.
- Milton, J.** - El paraíso perdido. (Con láminas.) 7 ptas.; tela, 10.
- Montilla.** - Historia Universal para niños, 1'50 ptas.
- Nergal.** - Evolución de los mundos; tela, 3 ptas.
- Nin y Tudó.** - Para la mujer; 2 ptas.
- O'Neill.** - La voz humana. (Con láminas.) 6 ptas.; tela, 9.
- Orts, R.** - Novísimo secretario universal; 2 ptas.; tela, 3'50.
- Palasí, F.** - Compendio de Gramática castellana; 2 ptas.
- Pargame.** - El origen de la vida; tela, 3'50 ptas.
- Petit, M.** - El niño y el adolescente; tela, 3'50 ptas.
- Polacco, R.** - Lo que deben saber todas las mujeres; 3 ptas.
- Reclus, E.** - El hombre y la tierra. (Historia social del mundo, desde sus orígenes hasta la edad contemporánea.) Obra monumental; 6 grandes tomos, con 1.786 ilustraciones; en tela y planchas doradas, 180 pesetas la obra completa. Por cuadernos, a 0'75 cada uno. Consta de 166 cuadernos. Se envía también por tomos sueltos, a 30 pesetas cada tomo.
- Rubén, L. V.** - Evolución de los seres vivientes; tela, 3 ptas.
- Ruiz, L.** - Clave matrimonial; 3 ptas.
- Samaniego.** - Los animales hablan; 1'50 ptas.
- Sauerwein.** - Historia de la Tierra; tela, 3 ptas.
- Shakespeare.** - Dramas. Tomo I: El mercader de Venecia. - Macbeth. - Romeo y Julieta. - Otel. Tela, 5 ptas. Tomo II: Sueño de una noche de verano. - Medida por medida. - Coriolano. - Cuento de invierno. Tela, 5 ptas. Tomo III: Hamlet. - El rey Lehar. - Cimbélina. Tela, 5 ptas. Tomo IV: Julio César. - Como gustéis. - Comedia de equivocaciones. - Las alegres comadres. Tela, 5 ptas.
- Schiller.** - Dramas. Tomo I: Guillermo Tell. - María Stuardo. - Doncella de Orleans. Tela, 5 ptas. Tomo II: Don Carlos. - La conjuración de Fiesco. - Cábala de amor. Tela, 5 ptas. - Tomo III: La novia de Mesina. - Vallestain. Tela, 5 ptas.
- Sánchez R., J.** - La Aritmética del obrero, 1'50 ptas. - El abogado del obrero. (Agotado.) - La Gramática del Obrero, dos pesetas.
- Santano.** - No cometa más faltas de Ortografía, 3'50 ptas.
- Subirana.** - Ortografía castellana; tela, 3'50.
- Springer.** - El médico del hogar. (Obra importantísima, con 936 grabados, 56 láminas y dos modelos anatómicos desmontables.) En tela, 45 pesetas.
- Toulouse.** - Cómo se forma una inteligencia; 2 pesetas; tela, 3'50.
- Urales.** - Sembrando flores; 2 ptas.; tela, 3'50.
- Vander.** - Nuevo sistema de curación natural. (Obra importantísima y de alto valor científico, ilustrada con multitud de grabados y láminas en color.) Tela, 25 ptas.
- Varios.** - La verdadera ciencia de curar. (Sin drogas ni operaciones. Sistema Khune. Adaptado a las características de la raza latina. Obra de gran interés y de gran utilidad.) Tela, 20 pesetas.
- Vanuci, A.** - La cultura alemana contra la civilización; 1'50 ptas.; tela, 3.
- Varios.** - Enciclopedia del amor. (Ilustrada.) 4 ptas.; tela, 6.
- Wagner, R.** - Dramas musicales. Tomo I: Rienzi. - El buque fantasma. - Lohengrin. - Tristán e Isolda. - Los maestros cantores. Tela, 5 ptas. Tomo II: Tanhauser. - El anillo de Nibelungo. - El oro del Rhin. - La Walkyria. - Sigfrido. - El crepúsculo de los dioses. - Parsifal. Tela, 5 pesetas.
- Wood, M.** - Lo que debe saber toda joven; 1'50 ptas.; cartóné, 2'50.
- X. X. X.** - Cartilla filológica española; 1'50.
- X. X. X.** - Gramática de esperanto; 1'50; tela, 2'50. - ¿Quiere usted hablar esperanto; 0'75. - Ejercicios de lectura francesa; 1 pta.; tela, 2. - ¿Quiere usted saber francés en diez días?, 0'75. - ¿Quiere usted saber inglés en diez días?, 0'75. - ¿Quiere usted saber alemán en diez días?, 0'75. - ¿Quiere usted saber italiano en diez días?, 0'75.
- Manual completo de cocina; rústica, 5 ptas.; tela, 6.
- Zaborowski.** - El hombre prehistórico; 2 ptas.; tela, 3'50.
- Zimmerman.** - Historia Natural. (La más completa y moderna. Consta de 24 tomos, ilustrados con grabados y láminas en colores. Edición de lujo, 105 pesetas. Por tomos, 4'50 pesetas cada tomo. Edición corriente, en tela, 80 pesetas. Por tomos, 3'50 pesetas cada tomo.



Amenidad. - Interés. - Educación sexual. - Arte. - Conocimientos útiles para la vida privada. - Ética moral y científica. - Colaboración selecta de las más prestigiosas firmas de la intelectualidad mundial.

Precio, UNA peseta.—Pídalos hoy mismo a ESTUDIOS, Apartado 158.—Valencia.



Consultorio Médico de ESTUDIOS

DR. ISAAC PUENTE

MÉDICO

MAESTU (Álava)

Precios de consulta

Completamente gratis a los lectores de ESTUDIOS. Basta la presentación del cupón insertado a continuación. Para las consultas por correspondencia, añádase, además del cupón, el sello para el franqueo de la contestación.

Dr. Roberto Remartínez

MÉDICO FISIATRA

Conde Salvatierra, 19. -- VALENCIA

Hidroterapia, Cromoterapia, Fototerapia, Electricidad, Sol artificial, Rayos X, Diatermia, etcétera.

Consultas por correspondencia, rigurosamente reservadas. Pídase cuestionario. Personalmente consultas todos los días laborables de 9 a 12.

A los lectores que presenten el cupón adjunto, descuentos fijos de 5 pesetas en la primera consulta, y 1 peseta en las sucesivas, y de un 25 por 100 en los tratamientos en la clínica, exploración con los Rayos X, etc., etc.

DR. L. ALVAREZ

MÉDICO NATURISTA

Duque de la Victoria, 15, pral.

VALLADOLID

Precios de consulta: Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto se les descontará 5 pesetas en la primera consulta, y 1 peseta en las sucesivas.

Dr. M. Aguado Escribano

MÉDICO FISIATRA

CERRO MURIANO (Córdoba)

Pidan cuestionario para consultas por correspondencia.

A los lectores de esta Revista que acompañen el cupón adjunto, descuento del 50 % en la primera consulta, y el 25 % en las sucesivas.

J. PEDRERO VALLES

MÉDICO HOMEÓPATA

Tintes, núm. 2. - VALLADOLID

Los lectores de ESTUDIOS que acompañen el adjunto cupón serán favorecidos con un descuento del 50 por 100.

Para las consultas por correspondencia, pídate "Cuestionario de preguntas", adjuntando el franqueo para la contestación.

ESTUDIOS

CUPÓN CONSULTA

Núm. 76. — Diciembre 1929

Córtese el adjunto cupón e inclúyase al formular la consulta, para tener opción al descuento especial.